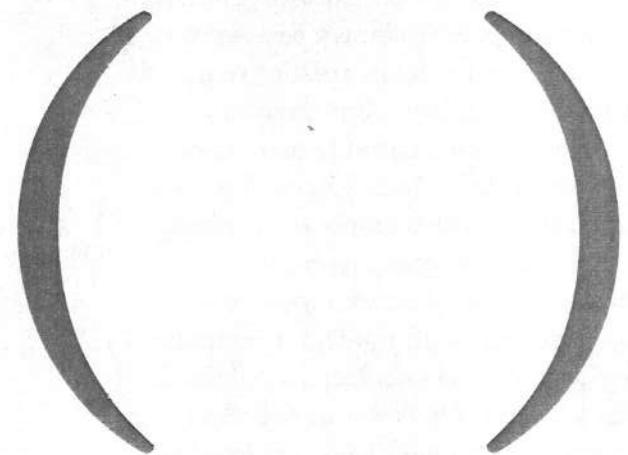


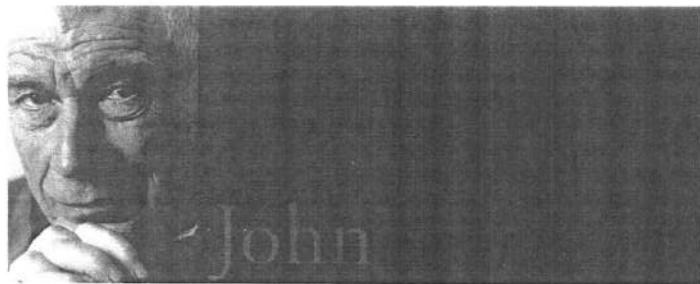
John Berger

Con la esperanza entre los dientes

Traducción
Ramón Vera Herrera

ALFAGUARA





John Berger

(Londres, 1926) se formó como pintor en la Central School of Arts. Además de un gran escritor —con *G.* obtuvo en 1972 el prestigioso Premio Booker—, es uno de los pensadores más influyentes de los últimos cincuenta años. Autor de novelas, ensayos, obras de teatro, películas, colaboraciones fotográficas y *performances*, ninguna manifestación artística se ha escapado a su talento. Sus ensayos y artículos revolucionaron la manera de entender las Bellas Artes, y su compromiso con el campesinado europeo en la trilogía «De sus fatigas», compuesta por *Puerca tierra*, *Una vez en Europa* y *Lila y Flag*, es ya un modelo de empatía y lucidez. Alfaguara también ha publicado *Hacia la boda*, *Un pintor de hoy*, *Aquí nos vemos*, *Fotocopias*, *King*, *Un hombre afortunado* y *De A para X*.

ALFAGUARA

John Berger

Con la esperanza entre los dientes

Traducción de Ramón Vera Herrera

Título original: *Hold Everything Dear*

© John Berger, 2007

© De la traducción: Ramón Vera Herrera

© Santillana Ediciones Generales, S. L., 2010

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2011
Av. Leandro N. Alem 720
(1001) Ciudad de Buenos Aires
www.alfaguara.com.ar

Agradecemos a Gareth Evans su autorización
para reproducir su poema «*Hold Everything Dear*»
«Cuida todo lo que amas». Copyright © 2005, Gareth Evans

ISBN: 978-987-04-1693-7

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Uruguay - *Printed in Uruguay*
Primera edición: febrero de 2011

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Imagen de cubierta: Brian Barth

Berger, John
Con la esperanza entre los dientes- 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, 2011
168 p. ; 24x15 cm.

ISBN 978-987-04-1693-7

1. Narrativa Inglesa. I. Título
CDD 823

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con
autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos
mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Doce tesis sobre la economía de los muertos	13
El infinito, ahora	17
Los siete niveles de la desesperación	19
«Hablaría de mi amor suavemente»	23
¿Dónde estamos?	37
¿Una guerra contra el terrorismo o una guerra terrorista?	45
Hablemos del miedo	51
Un momento en Ramala	59
¿Un maestro de lo inexorable?	79
Diez comunicados acerca de la entereza ante los Muros	85
Pier Paolo Pasolini o el coro que traemos en la memoria	97
La carne y los discursos	105
A punto de la desconexión	111
Diez comunicados. Dónde hallar nuestro lugar	117
Una desesperación imbatible	127
Un otro lado del deseo	141
Mirando cuidadosamente. Tres mujeres fotógrafas	145
Fuentes	161



After 'Guernica' (1937) — Beirut, Cana, Tyr (2006)

Cuida todo lo que amas
Para John Berger

mientras el ladrillo de la tarde guarda el calor rosa del viaje

mientras la rosa germina un invernadero para respirar
y florece como el viento

mientras los esbeltos abedules murmurán sus historias del
[viento a lo urgente
en los camiones

mientras las hojas de los setos guardan la luz
que el momento pensó haber perdido

mientras el cuenco de su muñeca pulsa como el pecho
[de un gorrión en el aire ondulante

mientras el coro de la tierra encuentra sus ojos en el cielo
y los devela para uno y para otra en la rebosante oscuridad

cuida todo lo que amas

la caligrafía de los pájaros que surca la mañana
los millones de manos del hacha, la suave mano de la tierra
un paso adelante del tiempo
los dientes rotos de las tribus y su vasto lugar
[esparcidos por la estepa y juntos
la diminuta asa de barro, sobreviviente, el cercano fantasma
[de un cántaro
viajando a nosotros por el suelo

la promesa de unos brazos abiertos, el manto único de nuestro
[caminar común
el mapa de la palma contenida
en un nudo
pero que se brinda como tea

cuida todo lo que amas

los senderos que tallan hacia nosotros y lo lejos que nos
[abrimos hacia ellos

la justicia de una brizna de yerba que desmadeja palacios
[pero aloja las canciones de la búsqueda

el bajel que nombra las olas, la vasija de esta vida, conforme
[se llena con los días
y se hunde para volverse lo que ama

la memoria que crece para formar el árbol que siempre
[conoció como semilla

las palabras
el pan

el niño que busca las verdades tras la puerta

el anhelo de comenzar juntos de nuevo
animales ávidos dentro del parlamento del mundo

la gente en el cuarto la gente en la calle la gente

cuida todo lo que amas

1. Los muertos circundan a los vivos. Los vivos son el núcleo de los muertos. En este núcleo se encuentran las dimensiones del tiempo y el espacio. Lo que rodea al núcleo es infinitud.

2. Entre el núcleo y lo que lo circunda hay intercambios que, por lo general, no son claros. Todas las religiones se han preocupado por aumentar su claridad.

La credibilidad de la religión depende de la claridad de ciertos intercambios inusuales. Las misticificaciones de la religión se derivan de su intento de sistematizar tales intercambios.

3. Lo excepcional de los intercambios claros se debe a que es también muy raro que algo pueda cruzar intacto la frontera entre la infinitud y el tiempo.

4. Ver a los muertos como las personas que alguna vez fueron tiende a oscurecer su naturaleza. Intentemos considerar a los vivos como podríamos asumir que lo hacen los muertos: colectivamente.

No sólo a través del espacio se acumularía lo colectivo sino también a lo largo del tiempo. Incluiría

* «Doce tesis sobre la economía de los muertos» apareció por vez primera en *Páginas de la herida*. Madrid, Colección Visor de Poesía, 1994.

a todos los que alguna vez vivieron. Y entonces también estaríamos pensando en los muertos. Para los vivos, los muertos son únicamente aquellos que vivieron; mas en su propia gran colectividad los muertos ya incluyen a los vivos.

5. Los muertos habitan un momento sin tiempo, de construcción continuamente recomenzada. La construcción es el estado del universo en cualquier instante.

6. Según su memoria de vida, los muertos saben que el momento de construcción es, también, un momento de colapso. Habiendo vivido, los muertos nunca pueden ser inertes.

7. Si los muertos viven un momento sin tiempo, ¿cómo pueden tener memoria? No recuerdan sino ser lanzados al tiempo, igual que todo lo que existió o existe.

8. La diferencia entre los muertos y los que aún no han nacido es que los muertos tienen esta memoria. Conforme aumenta el número de muertos, la memoria se agranda.

9. La memoria de los muertos, existente en la infinitud, puede pensarse como una forma de la imaginación relativa a lo posible. Esta imaginación es cercana a (reside en) Dios; pero no sé cómo.

10. En el mundo de los vivos existe un fenómeno equivalente pero contrario. Los vivos a veces

experimentan la infinitud, como les es revelada en el sueño, en el éxtasis, en instantes de extremo peligro, en el orgasmo, o tal vez en la experiencia misma de morir. Durante estos instantes la imaginación viva cubre el campo completo de la experiencia y rebasa los contornos de la vida o la muerte de cada quien. Roza la imaginación expectante de los muertos.

11. ¿Cuál es la relación de los muertos con lo que no ha ocurrido, con el futuro? Todo el futuro es la construcción en que *su* imaginación se empeña.

12. ¿Cómo viven los vivos con los muertos? Hasta antes de que la sociedad fuera deshumanizada por el capitalismo, todos los vivos esperaban alcanzar la experiencia de los muertos. Era ésta su futuro último. Por sí mismos, los vivos estaban incompletos. Los vivos y los muertos eran interdependientes. Siempre. Sólo esa forma moderna tan particular del egoísmo rompió tal interdependencia. Y los resultados son desastrosos para los vivos, que ahora piensan en los muertos como los eliminados.

El infinito, ahora
(abril de 2006)

El mundo ha cambiado. La información se comunica de manera diferente. La desinformación desarrolla sus técnicas. Migrar se volvió el principal medio de supervivencia, a escala mundial. Militarmente hablando, el Estado nacional de quienes sufrieran el peor genocidio en la historia se volvió fascista. Los Estados nacionales se han reducido en lo general y, políticamente, su papel se minimizó a uno de vasallos al servicio del nuevo orden económico. El visionario léxico político de tres siglos se tiró a la basura. El Fin de la Historia, lema global de las corporaciones, no es un vaticinio: es una orden para borrar el pasado y lo que nos legó en todas partes. En suma, ya quedó establecida la tiranía global, económica y militar de hoy.

Al mismo tiempo se descubren nuevos métodos de resistencia ante esta tiranía. Al interior de la oposición creciente, la cooperación natural reemplaza la autoridad centralizada. En vez de obedecer, los rebeldes deben confiar más en sí mismos. Las alianzas urgentes en asuntos específicos sustituyen los programas de largo plazo. La sociedad civil aprende las tácticas de guerrilla de la resistencia política y comienza a practicarlas.

Hoy el deseo de justicia es multitudinario. Esto significa que las luchas contra la iniquidad, las luchas por la supervivencia y la dignidad propias, en pos de los derechos humanos, no deben nunca considerarse en términos de sus demandas inmediatas, de la orga-

nización que las haga posibles o de sus consecuencias históricas. Ya no pueden reducirse a «movimientos». Un movimiento describe un gran grupo de personas que colectivamente se mueven hacia un objetivo definido, el cual logran o no pueden lograr. Pero dicha descripción ignora, o no tiene en cuenta, las innumerables decisiones personales, los encuentros, las iluminaciones, los sacrificios, los nuevos deseos, los pesares y, finalmente, las memorias que ese movimiento hace emergir y que, en sentido estricto, serían incidentales.

La promesa de un movimiento es su victoria futura, mientras que las promesas de esos momentos incidentales tienen un efecto instantáneo. En su intensidad vital o su tragedia, tales momentos incluyen aquellas experiencias de una libertad en la acción. (La libertad sin acciones no existe.) Momentos así son trascendentales, como ningún «resultado» histórico puede serlo. Son lo que Spinoza denominaba lo eterno, y son tan multitudinarios como las estrellas en un universo en expansión.

No todos los deseos conducen a la libertad, pero la libertad es la experiencia de un deseo que se reconoce, se asume y se busca. El deseo no implica nunca la mera posesión de algo, sino la transformación de ese algo. El deseo es una demanda: la exigencia de lo eterno, ahora. La libertad no constituye el cumplimiento de ese deseo, sino el reconocimiento de su suprema importancia.

Hoy, el infinito está del lado de los pobres.

Los siete niveles de la desesperación*

(noviembre de 2001)

Pertenecer a una superpotencia inigualada deteriora la inteligencia militar de los estrategas. Pensar estratégicamente implica que uno se imagine en los zapatos del enemigo. Entonces es posible prever, amagar, tomar por sorpresa, desbordar por los flancos, etcétera. Malinterpretar al enemigo puede conducir, a largo plazo, a la derrota; la propia. Así se derrumban a veces los imperios.

Hoy, una cuestión crucial es: qué hace a un terrorista mundial y, en el extremo, qué es lo que crea a un mártir suicida. (Hablo aquí de los voluntarios anónimos: los líderes terroristas son otro cantar. Y distingo a los terroristas mundiales de los locales porque estos últimos —como en Irlanda, el País Vasco o Sri Lanka— son parte de una historia que dura siglos.) En este momento, lo que produce a un terrorista mundial es, de inicio, una forma de la desesperación. O para expresarlo con mayor precisión: los actos de estos voluntarios anónimos son un modo de trascender esa forma de la desesperación y, mediante la ofrenda de la propia vida, darle sentido.

Por ese motivo, el término *suicida* es un tanto inapropiado, porque la trascendencia le confiere al mártir un sentido de triunfo. ¿Un triunfo sobre aque-

* «Los siete niveles de la desesperación» originalmente fue un fragmento del prólogo escrito para el libro de Arundhati Roy *The Algebra of Infinite Justice*. Nueva York, Viking Press, 2001 (*El álgebra de la justicia infinita*. Barcelona, Anagrama, 2002). Después, el propio John Berger lo publicó como un texto aparte.

llos a quienes supuestamente odia? Lo dudo. Es un triunfo sobre la pasividad y la amargura, sobre la sensación de absurdo que emana de cierta profundidad de la desesperación.

Es difícil que el Primer Mundo imagine una desesperación así. No tanto por su riqueza relativa (la abundancia produce sus propias congojas), sino porque el Primer Mundo se distrae con frecuencia y su atención se entretiene. La desesperación a la que me refiero aflige a aquellos que sufren condiciones tales que los obligan a ser inflexibles. Décadas de vivir en un campo de refugiados, por ejemplo.

¿En qué consiste tal desesperación? En que el sentido de tu vida o las vidas de la gente cercana a ti no cuentan para nada. Es algo que se palpa a muchos niveles diferentes, hasta que se hace total. Es decir, inapelable, como en el totalitarismo.

*Buscar cada mañana
y hallar las sobras
con que subsistir un día más.*

*Saber al despertar
que en esta maleza legal
no existen los derechos.*

*Experimentar por años
que nada mejora,
todo va peor.*

*La humillación de no ser capaz
de cambiar casi nada,
y de aferrarse al casi
que conduce a otra espera.*

*Creer las mil promesas
que inexorables se alejan
de tu lado, de los tuyos.*

*El ejemplo de aquellos
reducidos a escombro por resistir.*

*El peso de los tuyos asesinados,
un peso que cancela
para siempre la inocencia;
porque son tantos.*

Estos son los siete niveles de la desesperación —uno por cada día de la semana— que conducen, para algunos de los más valientes, a la revelación de que ofrecer la propia vida contra las fuerzas que han empujado al mundo a donde está es la única manera de invocar un todo, más grande que aquél de la desesperación.

Cualquier estrategia planeada por los líderes políticos para quienes es inimaginable dicha desesperación fracasará y reclutará más y más enemigos.

«Hablaría de mi amor suavemente»
(enero de 2002)

VIERNES

Nazim, estoy de luto y quiero compartirlo contigo, así como tú compartiste tantos anhelos y quebrantos con nosotros.

*El telegrama llegó de noche,
sólo tres sílabas:
Ha muerto.*

Cargo luto por mi amigo Juan Muñoz, un artista maravilloso que murió ayer en una playa en España, a los cuarenta y ocho años.

Y quiero preguntarte algo que me tiene perplejo. Después de una muerte natural, tan diferente del morir asesinado o por hambre, siendo víctima, llega primero la conmoción —a menos que la persona haya estado sufriendo por algún tiempo—, y después esa monstruosa sensación de pérdida, particularmente si la persona es joven.

*Rompe el alba
pero mi habitación
es toda noche.**

* «El telegrama...» y «Rompe el alba...», de Nazim Hikmet, incluidos en *The Moscow Symphony*, traducción al inglés de Taner Baybars. Londres, Rapp and Whiting Limited, 1970. Las versiones castellanas de los poemas incluidos en «Hablaría de

Entonces viene la pena, que de sí misma dice que nunca acabará. Mas con esta pena asoma subrepticiamente algo más que se aproxima a la broma pero no lo es (Juan era un buen bromista), algo que hace alucinar, como el vuelo de un pañuelo de prestidigitador después de un acto de magia, una especie de ligereza, algo del todo opuesto a lo que uno siente. ¿Reconoces eso que te digo? ¿Es esta ligereza una frivolidad o una nueva enseñanza?

Cinco minutos después de preguntártelo, recibo un fax de mi hijo Yves, con algunas líneas que acaba de escribir para Juan:

*Siempre apareciste
con una risa
y un nuevo acto de magia.*

*Siempre desapareciste
dejándonos tus manos
sobre la mesa.*

*Desaparecías
dejándonos tu baraja
en las manos.*

*Reaparecerás
con una nueva risa
que hará magia.*

mi amor suavemente» fueron traducidas de la versión en inglés que anotamos en cada fragmento y se cotejaron, cuando fue posible, con las versiones aparecidas en *Antología poética* (traducción de Solimán Salom), Madrid, Visor, 1970, y *El gigante de ojos azules* (selección y estudio preliminar de Daniel Freidenberg), Buenos Aires, Biblioteca Básica Universal, Centro Editor de América Latina, 1983.

SÁBADO

No estoy seguro de haber visto alguna vez a Nâzim Hikmet. Juraría que sí, pero no puedo hallar la evidencia circunstancial. Creo que fue en Londres, en 1954. Cuatro años después de que saliera de prisión, nueve años antes de su muerte. Era orador en un mitin político en Red Lion Square. Dijo algunas palabras y luego leyó algunos poemas. Unos en inglés, otros en turco. Su voz era fuerte, calma, extremadamente suya y muy musical. Pero no parecía provenir de su garganta —o no en ese momento—. Era como si tuviera una radio en el pecho, que encendía o apagaba con sus manos largas y ligeramente temblorosas. Lo describo mal porque su presencia y su sinceridad eran muy obvias.

En uno de sus extensos poemas describe a seis personas que a principios de los años cuarenta escuchan en Turquía una sinfonía de Shostakóvich, por la radio. Tres de esas personas están (como él) en prisión. La transmisión es en vivo; la sinfonía se ejecuta en el mismo momento en Moscú, a varios miles de kilómetros de distancia.

Al escucharlo leer sus poemas en Red Lion Square tuve la impresión de que las palabras que pronunciaba provenían del otro lado del mundo. No porque fueran difíciles de comprender (no lo eran), ni porque fueran borrosas o gastadas (estaban plenas de la capacidad de perdurar), sino porque se les daba voz para de algún modo triunfar sobre las distancias y trascender interminables separaciones. El aquí de todos sus poemas está en otro sitio.

En Praga un carretón

*—lo arrastra un solo caballo—
pasa por el viejo cementerio judío.
Carga la añoranza de otra ciudad,
soy yo el carrero.**

Aun sentado en la tarima, antes de ponerse en pie para hablar, uno podía ver que era un hombre inusualmente grande y alto. No por nada le apodaban «el árbol de ojos azules». Al incorporarse, dio la impresión de ser también muy ligero, tanto que corría el riesgo de elevarse por el aire.

Quizá nunca lo vi porque es poco probable que, en un mitin organizado en Londres por el movimiento internacional por la paz, lo hubieran atado a la tarima con varios tirantes de cuerda para que permaneciera en tierra. Pero éste es mi claro recuerdo. Sus palabras, después de pronunciadas, se elevaban al cielo —el mitin era al aire libre— y su cuerpo buscaba seguir las palabras que había dicho, conforme derivaban alto y más alto por encima de la plaza y por encima de las chispas de los tranvías de antaño, suprimidos tres o cuatro años antes a todo lo largo de Theobald's Road.

Eres una aldea en las montañas

*de Anatolia,
eres mi ciudad,*

la más bella y la más desdichada.

*Eres un grito de auxilio, quiero decir, eres mi país;
las pisadas que corren hacia ti son las mías.***

* Fragmento de «Prague Dawn», en *Selected Poems of Nazim Hikmet* (traducción de Randy Blasing y Mutlu Konuk). Nueva York, Persea Books, 1994.

** Tomado de «9-10 pm Poems», en *Selected Poems of Nazim Hikmet, op.cit.*

LUNES POR LA MAÑANA

Casi todos los poetas contemporáneos que más me han importado durante mi larga vida los leí en traducciones, muy rara vez en su idioma original. Pienso que habría sido imposible para cualquier persona decir esto antes del siglo xx. Por siglos se argumentó si era posible o no traducir poesía, era música de salón, como música de cámara. Durante el siglo xx la mayoría de estos salones quedó reducida a escombro. Los nuevos medios de comunicación, la política global, los mercados mundiales, etcétera, arrojaron juntos a millones de personas y apartaron a millones de personas de un modo indiscriminado y sin precedentes. Como resultado, las expectativas de la poesía cambiaron. Más y más, la mejor poesía confió en lectores que estaban más y más lejos.

*Nuestros poemas
como mojones
deben trazar el camino.**

Durante el siglo xx, muchas líneas de poesía desnuda se tejieron entre diferentes continentes, entre comunidades olvidadas y capitales distantes. Todos ustedes lo saben, todos ustedes: Hikmet, Brecht, Vallejo, Attila József, Adonis, Juan Gelman...

LUNES POR LA TARDE

Me hallaba en mi última adolescencia cuando leí por vez primera algunos poemas de Nazim Hikmet.

* Traducido al inglés por John Berger.

Los publicaba una oscura revista literaria internacional editada bajo la égida del Partido Comunista británico. Era yo un lector habitual. La línea del partido era basura, pero con frecuencia hallé inspiración en los poemas y relatos publicados.

Para entonces, ya habían ejecutado a Meyerhold en Moscú. Si pienso en Meyerhold, es porque Hikmet lo admiraba y estaba muy influido por él cuando visitó Moscú por primera vez a principios de los años veinte.

«Le debo mucho al teatro de Meyerhold. En 1925, de regreso en Turquía, organicé el primer teatro de trabajadores en uno de los distritos industriales de Estambul. Trabajando en este teatro como director y autor, sentí que era Meyerhold quien nos había abierto nuevas posibilidades de trabajo con y para el público.»

Después de 1937, estas nuevas posibilidades le costaron la vida a Meyerhold pero en Londres los lectores de la revista aún no lo sabían.

Cuando descubrí los poemas de Hikmet, lo que me impactó fue su espacio. Contenían más espacio que poesía alguna que yo hubiese leído hasta entonces. No describían el espacio; venían en él, atravesaban montañas. Hablaban de acciones. Relacionaban dudas, soledad, desamparo, tristeza, pero estos sentimientos acompañaban las acciones en vez de sustituir las. Espacio y acciones van juntos. Su antítesis es la prisión y fue en las prisiones turcas donde Hikmet, un prisionero político, escribió la mitad de la obra de su vida.

MIÉRCOLES

Nazim, quiero describirte la mesa donde trabajo. Es una mesa blanca, de metal, propia de un jardín, similar a la que podrías hallar en los terrenos de un *yali* en el Bósforo.

Ésta se encuentra en la veranda cubierta de una casa pequeña en los suburbios, al sureste de París. La casa se levantó en 1938, una de tantas construidas aquí para alojar artesanos, gente con oficios, obreros cualificados.

En 1938 tú estás en prisión. Un reloj de pulsera cuelga de un clavo sobre tu cama. En el pabellón encima del tuyo, tres bandidos encadenados esperan su sentencia de muerte.

Siempre hay demasiados papeles en esta mesa. Cada mañana lo primero que hago, mientras bebo café, es intentar ponerlos en orden. A mi derecha hay una maceta con una planta, sé que te gustaría. Tiene hojas muy oscuras. Su envés es del color de la ciruela damascena; en la parte de arriba, la luz las ha manchado de marrón oscuro. Las hojas se agrupan en tríadas, como si fueran mariposas nocturnas que se alimentan de la misma flor, y son del mismo tamaño que ellas. Las flores de la planta son pequeñas, color rosa y tan inocentes como las voces de niños que aprenden una canción en la primaria. Es una especie de trébol gigante. Ésta en particular viene de Polonia, donde la llaman *koniczyna*. Me la regaló la madre de un amigo, quien la cultivaba en su jardín cerca de la frontera con Ucrania. Ella tiene unos ojos azules sorprendentes y no puede dejar de tocar sus plantas mientras se pasea por el jardín o deambula por su casa, como algunas abuelas que no pueden dejar de tocar las cabezas de sus nietos pequeños.

*Mi amor, mi rosa,
mi viaje por la planicie polaca ha comenzado:
Soy un niño pequeño, feliz y maravillado
un niñito
que mira su primer libro de estampas
de gente
animales
objetos, plantas.**

En una narración todo depende de qué sigue a qué. Y el orden más cierto es apenas obvio. Ensaya uno y yerras. A menudo muchas veces. Por eso tengo también un par de tijeras y una cinta adhesiva Scotch sobre la mesa. La cinta no está ajustada a ningún dispensador de esos que hacen posible desprenderle un tramo. Tengo que cortar la cinta con las tijeras. Lo difícil es hallarle la punta en el carrete, y después desenrollarla. Busco impaciente, irritado, con mis uñas. Cuando por fin encuentro el borde, lo pego en el filo de la mesa y dejo que la cinta se desenrolle hasta tocar el suelo, luego la dejo ahí colgando.

A veces entro de la veranda a la habitación de al lado, donde converso o como o leo el periódico. Hace unos días, sentado en este cuarto, algo captó mi atención porque se movía. Una diminuta cascada de agua titilante se volvía, rizándose, hacia el suelo de la veranda, cerca de las patas de la silla vacía frente a la mesa. Algunos arroyos de los Alpes comienzan con algo no mayor que un goteo así.

Un rollo de cinta adhesiva agitado por el aire que se cuela por la ventana es a veces suficiente para mover montañas.

JUEVES POR LA NOCHE

Hace diez años me hallaba cerca de la estación Haydar-Pacha, frente a un edificio en Estambul donde la policía interrogaba a los sospechosos. En el piso más alto detenían a los prisioneros políticos y cotejaban sus declaraciones, a veces durante semanas. A Hikmet le interrogaron ahí, en 1938.

El edificio no se diseñó como cárcel sino como una inmensa fortaleza administrativa. Parece indestructible y está hecho de ladrillos y silencio. Las prisiones planeadas expresamente como tales tienen un aire siniestro, pero con frecuencia también uno nervioso, de perentoriedad. Por ejemplo, a la prisión de Bursa, en la que Hikmet pasó diez años, se la conocía como el «aeroplano de piedra», por su disposición irregular. La fortaleza quieta que yo miraba frente a la estación tenía, por contraste, la confianza y la tranquilidad de un monumento al silencio.

Quienquiera que aquí se encuentre y pase lo que pase aquí dentro —anunciaba el edificio con tonos moderados— será olvidado, borrado de los registros, enterrado en una fisura entre Europa y Asia.

Fue entonces cuando comprendí algo acerca de la estrategia única e inevitable de su poesía: ¡tenía que remontar continuamente su propio confinamiento! En todas partes, los prisioneros sueñan siempre con la Gran Evasión, pero no la poesía de

* De «Letter from Poland», traducido al inglés por John Berger.

Hikmet. Antes siquiera de comenzar, su poesía situaba la prisión como un punto minúsculo en el mapa del mundo.

*El más bello de los mares
no se ha cruzado aún.
La más bella de las criaturas
no ha crecido aún.
Nuestros más hermosos días
no los hemos visto aún.
Y las más bellas palabras que quisiera decirte
no las he dicho aún.*

*Nos tomaron prisioneros,
nos han encerrado:
a mí entre estas paredes,
a ti afuera.
Eso no es nada.
Lo peor
es cuando las personas —lo sepan o no—
llevan la prisión por dentro...
A la mayoría se le fuerza a ello,

personas honestas, trabajadoras, buenas
dignas de ser amadas tanto como yo te amo a ti.**

Su poesía, como un compás geométrico, trazaba círculos, a veces íntimos, a veces amplios y globales, con su afilada punta inserta en la celda de la prisión.

* Tomado de «9-10 pm Poems», en *Selected Poems of Nazim Hikmet, op.cit.*

VIERNES POR LA MAÑANA

Una vez estaba esperando a Juan Muñoz en un hotel en Madrid y se retrasó porque, como ya he explicado, cuando trabajaba duro por las noches era como un mecánico debajo de un coche, y se olvidaba del tiempo. Cuando por fin llegó, le hice la broma de que se pasaba el tiempo debajo de los automóviles. Después me envió un fax con un chiste, que quiero citar para ti, Nazim, no sé bien por qué. Tal vez ese porqué no me incumba. Yo simplemente actúo como cartero entre dos hombres muertos.

«Deja que me presente: soy un mecánico español (únicamente coches, nada de motos) que se tira la vida acostado bajo un motor ¡buscándolo! Pero —y éste es el punto importante— de vez en cuando hago trabajo artístico. No es que yo sea un artista. No. Aunque me gustaría dejar ese sinsentido de arrastrarme debajo de coches llenos de grasa, y volverme el Keith Richards del mundo del arte. Y si eso no es posible, trabajaría como los curas, media hora solamente, y con vino.

»Te escribo porque dos amigos (uno en Oporto y otro en Róterdam) nos quieren invitar a ti y a mí al sótano del Boymans Car Museum y a otra bodega (espero que más alcohólica) en la antigua ciudad de Oporto.

»También mencionaron algo acerca del paisaje que no entendí. ¡Paisaje! Creo que tal vez tenga que ver con conducir y mirar los alrededores, o mirar el entorno mientras conducimos...

»Perdone, señor, pero está llegando otro cliente. ¡Guauu! ¡Una Triumph Spitfire!»

Escucho la risa de Juan, resonando en el estudio donde está solo con sus figuras silenciosas.

VIERNES POR LA TARDE

A menudo me parece que muchos de los más importantes poemas del siglo xx —escritos por mujeres y por hombres— pudieran ser los más fraternales que jamás se hayan escrito. De ser así, esto nada tiene que ver con consignas políticas. Se aplica a Rilke, que era apolítico; a Borges, que era reaccionario; y a Hikmet, que toda su vida fue comunista. Nuestro siglo fue uno de masacres sin precedentes y, no obstante, el futuro que imaginó (y por el que a menudo luchó) proponía la fraternidad. Muy pocos de los siglos anteriores propusieron algo semejante.

*Estos hombres, Dino,
con jirones de luz en las manos,
¿adónde se dirigen
en esta penumbra, Dino?
Tú, yo también:
estamos con ellos, Dino.
Nosotros también, Dino,
hemos atisbado el cielo azul.**

SÁBADO

Quizá, Nazim, esta vez tampoco te estoy viendo. Y sin embargo, juraría que sí. Estás sentado, al otro lado

* Fragmento de «On a Painting by Abidine», conocido como «The Long March», traducción al inglés de John Berger.

de mi mesa en la veranda. ¿Has notado alguna vez que la forma de una cabeza sugiere en ocasiones el modo de pensamiento que habitualmente fluye dentro de ella?

Hay testas que inexorables indican la velocidad de los cálculos. Otras revelan la resuelta prosecución de viejas ideas. En los días que corren, muchas delatan la incomprendición de una pérdida continua. Tu cabeza —su tamaño y tus intensos ojos azules— me sugiere la coexistencia de muchos mundos con diferentes cielos, uno dentro del otro; no intimidan, están en calma, pero se hallan habituados al hacinamiento.

Quiero preguntarte acerca del período que vivimos ahora. Mucho de lo que creíste que ocurría en la historia, o que creíste debía ocurrir, resultó ilusorio. El socialismo, como tú lo imaginaste, no se construye en lugar alguno. El capitalismo corporativo avanza sin obstáculo; aunque se le confronte más y más y las Torres Gemelas hayan estallado. El mundo, superpoblado, se hace más pobre año tras año. ¿Dónde está el cielo azul que alguna vez miraste con Dino?

Sí, aquellos anhelos, respondes, están hechos jirones, y sin embargo ¿qué es lo que altera este hecho? La justicia sigue siendo plegaria de una sola palabra, como lo canta Ziggy Marley en tu tiempo, ahora. La historia toda estriba en anhelos que se mantienen, se pierden, se renuevan. Y con las nuevas esperanzas llegan nuevas teorías. Pero para los hacinados, para aquellos que tienen muy poco, o nada, excepto algunas veces el arrojo y el amor, la esperanza funciona de manera distinta. Es entonces algo que morder, algo que poner entre los dientes. No olvides esto. Sé realista. Con la esperanza entre los dientes, llega la fuerza para seguir aun cuando la fatiga nos acose, llega la

fuerza, cuando es necesaria, para elegir no gritar en el momento equivocado, llega la fuerza, sobre todo, para no aullar. Una persona, con la esperanza entre los dientes, es un hermano o hermana que exige respeto. Quienes en el mundo real no tienen esperanza están condenados a estar solos. Lo más que pueden ofrecerle a otros es lástima. Y cuando se trata de sobrevivir las noches e imaginar los días venideros, poco importa si la esperanza entre los dientes es fresca o está hecha jirones. ¿Tienes café?

Voy a hacer un poco.

Abandono la veranda. Cuando regreso de la cocina con dos tazas —y el café es turco— te has ido. Sobre la mesa, muy próximo a donde está pegada la cinta Scotch, hay un libro, abierto en un poema que escribiste en 1962.

*Si fuera un platanar descansaría bajo su sombra
 Si fuera un libro
 leería, sin aburrirme, en una noche en vela
 lápiz no querría ser, aun entre mis dedos
 Si fuera una puerta
 abriría para el bien y cerraría para lo inicuo
 Si fuera una ventana, una ventana abierta de
 [par en par, sin cortinas
 traería la ciudad a mi cuarto
 Si fuera una palabra
 invocaría lo bello, lo justo, lo verdadero
 Si fuera una palabra
 hablaría de mi amor suavemente.**

* Tomado de «Under the Rain», traducción al inglés de Özen Ozüner y John Berger.

¿Dónde estamos? (octubre de 2002)

Quiero hablar cuando menos algo acerca del sufrimiento que existe hoy en el mundo.

La ideología consumista, que se ha vuelto la más poderosa e invasiva del planeta, nos quiere persuadir de que el dolor es un accidente, algo contra lo que nos podemos asegurar. Ésta es la base lógica de la crueldad de tal ideología.

Todos saben, por supuesto, que el dolor es endémico a la vida, y buscan olvidarlo o relativizarlo. Todas las variantes del mito de la caída de la Edad de Oro, antes de que el dolor existiera, son intentos por relativizar ese dolor en la tierra. Eso es también la invención del infierno, un reino adyacente del dolor-como-castigo. Así también el descubrimiento del sacrificio. Y después, mucho después, el principal del perdón. Uno podría argüir que la filosofía comenzó con la pregunta: ¿por qué el dolor?

No obstante, una vez dicho esto, en cierta forma el actual dolor de vivir en el mundo no tiene, tal vez, precedente alguno.

Escribo en la noche, aunque es de día. Un día de primeros de octubre de 2002. Durante casi toda la semana el cielo de París ha estado azul. Cada día la puesta de sol ocurre un poco más temprano y es, cada día, gloriosamente bella. Muchos temen que más pronto que tarde, las fuerzas militares estadounidenses lancen la guerra «preventiva» contra Iraq de modo que

las corporaciones petroleras estadounidenses puedan echar mano a más reservas de crudo; supuestamente más seguras. Otros confían en que esto pueda evitarse.

Entre los cálculos secretos y las decisiones anunciadas todo se mantiene en la incertidumbre, puesto que las mentiras preparan el camino de los misiles. Escribo en una noche vergonzosa.

Por vergüenza no me estoy refiriendo a la culpa individual. La vergüenza, tal y como yo la entiendo, es un sentimiento humano que, a largo plazo, corroe la capacidad de esperanzarnos y evita que miremos más allá. Nos miramos los pies, pensando únicamente en el siguiente pasito.

La gente de todas partes —bajo muy diferentes condiciones— se pregunta dónde estamos. La pregunta es histórica, no geográfica. Qué es lo que estamos enfrentando. Adónde nos llevan. Qué hemos perdido. Cómo continuar sin una visión plausible del futuro. Por qué perdimos la visión de aquello que va más allá de la vida.

Los acomodados expertos responden: globalización. Posmodernismo. Revolución de las comunicaciones. Liberalismo económico. Términos que son tautológicos y evasivos. A la angustiada pregunta de dónde estamos, los expertos murmurran: ¡en ningún lado!

¿No sería mejor mirar y declarar que atravesamos el caos más tiránico —pues es el más penetrante— que alguna vez haya existido? No es fácil atrapar la naturaleza de la tiranía porque la estructura de su poder (su rango va de las doscientas corporaciones multinacionales al Pentágono) se entrecruza y a la vez

es difusa, dictatorial y sin embargo anónima, ubicua e inubicable. Tiraniza desde fuera de cuadro; no sólo en términos de leyes fiscales, sino en todo control político más allá del suyo propio. Su propósito es dislocar el mundo entero. Su estrategia ideológica —ante la cual la de Bin Laden es un cuento de hadas— consiste en minar lo existente para que todo se colapse hacia su especial versión de lo virtual, partiendo del ámbito donde —y éste es el credo de la tiranía— las fuentes de la ganancia sean interminables. Suena estúpido. Las tiranías son estúpidas. Esta que sufrimos destruye la vida del planeta en todos los niveles en que opera.

Ideologías aparte, su poder se basa en dos amenazas. La primera entraña la intervención, desde el cielo, del Estado más armado del mundo. Podríamos llamarla Amenaza B-52. La segunda es el endeudamiento despiadado, la bancarrota, que dadas las actuales condiciones productivas del mundo podríamos llamar Amenaza Cero.

La ignominia comienza al confrontar que gran parte del sufrimiento actual podría aliviarse o evitarse si se tomaran algunas decisiones realistas y relativamente simples (algo que todos reconocemos alguna vez pero que, imposibilitados, descartamos). Hoy existe una relación muy directa entre los minutos de las juntas y los minutos de la agonía.

¿Acaso alguien merece ser condenado a una muerte cierta por el simple hecho de no tener acceso a un tratamiento que costaría menos de dos dólares diarios? Este punto lo puso sobre el tapete de la dis-

cusión la directora de la Organización Mundial de la Salud el pasado mes de julio. Ella hablaba de la epidemia de sida en África y otros lugares, a raíz de la cual cerca de sesenta y ocho millones de personas morirán en los próximos dieciocho años. Yo hablo del dolor de vivir en el mundo actual.

Es inteligible que casi todos los análisis y prognosis de lo que sucede se presenten y se estudien desde el marco de referencia de disciplinas diferenciadas: economía, política, estudios de comunicación, salud pública, ecología, defensa nacional, criminología, educación, etcétera. En realidad cada uno de estos campos diferenciados se junta con otros para armar el ámbito real de lo vivido. Esto sucede en las vidas de la gente: sufre padecimientos clasificados en categorías separadas, pero los sufre simultánea e inextricablemente.

Un ejemplo del presente: algunos de los kurdos que huyeron la semana pasada a Cherburgo, y a quienes el gobierno francés negó el asilo y están en peligro de ser repatriados a Turquía, son pobres, políticamente indeseables, no tienen tierra, están agotados, son ilegales y no son asunto de nadie. Cada una de estas condiciones las sufren en el mismo y preciso instante.

Si queremos asumir lo que ocurre se hace necesaria una visión interdisciplinaria que conecte los «campos» que institucionalmente se han mantenido separados. Una visión así está destinada a ser (en el sentido original de la palabra) política. La condición previa para pensar políticamente a escala global estriba en reconocer la integralidad del sufrimiento innecesario que se vive. Éste es el punto de partida.

Escribo en la noche, pero no sólo veo la tiranía. Si así fuera, probablemente no tendría el valor de continuar escribiendo. Veo a la gente dormir, agitarse, levantarse a beber agua, susurrar sus proyectos o sus miedos, hacer el amor, rezar, cocinar algo mientras el resto de la familia duerme, en Bagdad y en Chicago. (Sí, veo también a los siempre invencibles kurdos, cuatro mil de ellos gaseados por Saddam Hussein con la complacencia de Estados Unidos.) Veo a los reposteros que laboran en Teherán y a los pastores durmiendo al lado de sus borregos en Cerdeña —la gente pensaba que eran bandidos—. Veo a un hombre en el barrio Friedrichshain en Berlín que se sienta en pijama con una botella de cerveza a leer a Heidegger —tiene las manos de un proletario—. Veo una barca de inmigrantes ilegales arribando a la costa española cerca de Alicante. Veo a una madre en Malí, se llama Aya, que significa Nacida en Viernes, arrullando a su bebé para que duerma. Veo las ruinas de Kabul y a un hombre que va camino a casa y sé que, pese al dolor, el ingenio de los sobrevivientes sigue intacto, un ingenio que recoge y acopia energía: en la incansable entereza de ese ingenio hay un valor espiritual (algo parecido al Espíritu Santo), esta noche estoy convencido de ello, aunque no sé bien por qué.

Hace poco más de un siglo, Dvorák compuso su *Sinfonía del nuevo mundo*. La escribió mientras dirigía el Conservatorio de Música de Nueva York, y escribirla lo inspiró a componer, dieciocho meses después, también en Nueva York, el sublime *Concierto para cello*. En la *Sinfonía*, los horizontes y las colinas suaves de su Bohemia natal se tornaron promesas de

un Mundo Nuevo. No había grandilocuencia pero sí volumen y continuidad, porque correspondía a los anhelos de quienes carecen de poder, de aquéllos erróneamente llamados simples, de aquellos para quienes se redactó la Constitución de Estados Unidos en 1787.

No conozco otra obra de arte que exprese tan directamente y con tal firmeza las creencias que inspiraron a los migrantes que generación tras generación se hicieron ciudadanos estadounidenses (Dvorák era hijo de un campesino y su padre soñaba con que se hiciera carnicero).

Para Dvorák, la fuerza de estas creencias era inseparable de una suerte de ternura, de un respeto a la vida que puede hallarse en la intimidad de los gobernados (tan diferente de la de los gobernantes) en todas partes. Fue en este ánimo que la *Sinfonía* recibió la aclamación del público cuando se ejecutó por vez primera en el Carnegie Hall el 16 de diciembre de 1893.

Le preguntaron a Dvorák qué pensaba del futuro de la música en Estados Unidos y él recomendó a los compositores que escucharan la música de los indios y de los negros. La *Sinfonía del nuevo mundo* expresaba una esperanza sin fronteras que, paradójicamente, nos da la bienvenida porque se centra en la idea del hogar. Una paradoja utópica.

Hoy los poderes del mismo país que inspiró esos anhelos han caído en manos de una camarilla de fanáticos (deseosos de limitarlo todo excepto el poder del capital), ignorantes (pues no reconocen realidad alguna que no provenga de su fuerza armamentística), hipócritas (dos medidas para todos los juicios éticos: una para nosotros y otra para ellos) y despiadados conspiradores armados con B-52.

¿Cómo ocurrió? ¿Cómo fue que Bush, Murdoch, Cheney, Kristol, Rumsfeld *et al.* llegaran a esto? La pregunta es retórica porque no hay una sola respuesta, y es vana porque ninguna respuesta mella aún su poder. Pero preguntarla así esta noche revela la enormidad de lo ocurrido. Escribimos del sufrimiento en el mundo.

Debemos rechazar el nuevo discurso de la tiranía. Sus términos son una mierda. En sus peroratas, anuncios, amenazas y conferencias de prensa interminablemente repetitivos, los términos recurrentes son: *Democracia, Justicia, Derechos Humanos, Terrorismo*. En el contexto, cada una de estas palabras significa lo opuesto de lo que alguna vez se buscó que significaran.

La democracia es una propuesta (rara vez cumplida) en torno a la toma de decisiones; tiene poco que ver con las campañas electorales. Su promesa es que las decisiones políticas se tomen después, y a la luz de, consultar a los gobernados. Esto depende de que los gobernados estén adecuadamente informados de los asuntos en cuestión, y de que quienes deciden tengan la capacidad o la voluntad de escuchar o tomar en cuenta lo que oyeron. La democracia no debe confundirse con la «libertad» de tomar opciones binarias, con la publicación de las encuestas de opinión ni con el hacinamiento de la gente en estadísticas. Éstas son sus pretensiones.

Hoy las decisiones fundamentales (cuyo efecto provoca mayor sufrimiento innecesario por todo el planeta) se han tomado y son tomadas unilateralmente sin ninguna consulta ni participación abiertas.

Los estrategas militares y económicos se percatan ahora de que los medios de comunicación juegan

un papel crucial —no tanto a la hora de derrotar al enemigo de turno, sino de evitar e impedir el motín, las protestas o la deserción—. Toda manipulación tiránica de los medios es un indicador de sus temores. La tiranía actual vive con el miedo a la desesperación del mundo. Es un temor tan profundo que el adjetivo *desesperado* —excepto cuando significa peligroso— nunca se usa.

Sin dinero, toda necesidad humana cotidiana se convierte en dolor.

Toda forma de hacer frente a la tiranía es comprensible. Dialogar con ella es imposible. Para que vivamos y muramos debidamente, las cosas han de nombrarse debidamente. Reclamemos nuestras palabras.

Esto fue escrito en la noche. En la guerra la oscuridad no tiene bando, en el amor la oscuridad confirma que estamos juntos.

¿Una guerra contra el terrorismo o una guerra terrorista?

(junio de 2002)

Cuando el 11 de septiembre vi las tomas por televisión, me recordaron instantáneamente el 6 de agosto de 1945. En Europa escuchamos las noticias del bombardeo de Hiroshima durante la tarde de aquel mismo día.

Las correspondencias inmediatas entre estos dos sucesos involucran una bola de fuego que desciende del cielo claro sin aviso alguno; ambos ataques fueron programados para coincidir con el momento en que los civiles de la ciudad objetivo se dirigían a su trabajo, las tiendas estaban abriendo y los niños en la escuela trabajaban sus lecciones. Es semejante la reducción a cenizas, y que los cuerpos, lanzados por el aire, se volvieran escombros. Son comparables la incredulidad y el caos provocados por una nueva arma de destrucción que se emplea por vez primera: la bomba atómica, hace sesenta años, y una aeronave civil el otoño pasado. En todas partes del epicentro, en cada cuerpo y objeto, un grueso manto de polvo.

Las diferencias en contexto y escala son, por supuesto, enormes. En Manhattan el polvo no era radiactivo. En 1945, Estados Unidos había emprendido una guerra a escala total contra Japón, que duraba ya tres años. Ambos ataques, sin embargo, se planearon como avisos.

Al observarlos ambos, uno supo que el mundo no volvería a ser el mismo; en la mañana de un nuevo

día sin nubes, los riesgos, de los que la vida es heredera, se alteraron en todas partes.

Las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki anunciaron que Estados Unidos era, de ahí en adelante, la suprema potencia armada del mundo. El ataque del 11 de septiembre anunció que esta potencia ya no tenía garantizada la invulnerabilidad en su propia casa. Ambos eventos marcan el principio y el fin de un cierto período histórico.

En torno a la llamada guerra contra el terrorismo del presidente Bush —su contragolpe al 11 de septiembre, que primero bautizó Justicia Infinita y después Libertad Duradera—, no encuentro comentarios más agudos y angustiantes que los expresados o escritos por ciudadanos estadounidenses. La acusación de antiamericanismo en contra de aquellos de nosotros que de manera inquebrantable nos oponemos a quienes actualmente toman las decisiones en Washington es tan corta de vista como las políticas en cuestión. Existen incontables ciudadanos estadounidenses «antiamericanos» con los que nos mantenemos solidarios.

Hay también muchos ciudadanos estadounidenses que respaldan estas políticas, incluidos los sesenta intelectuales que recientemente firmaron una declaración destinada a definir qué es una guerra «justa», en general, y por qué, en particular, están justificadas la operación Libertad Duradera en Afganistán y la continuada guerra contra el terrorismo.

Estos intelectuales arguyen que una guerra justa se explica moralmente cuando su propósito es defender del mal a los inocentes. Citan a San Agustín.

Añaden que una guerra debe respetar, hasta donde sea posible, la inmunidad de los no combatientes.

Si su texto se lee con inocencia (y por supuesto no fue escrito ni espontánea ni inocentemente), sugiere que hubo un encuentro paciente de expertos eruditos y de voz suave, que tienen acceso a una enorme biblioteca (y quizás entre sesiones a una piscina) y que, con tiempo y quietud para reflexionar y discutir sus dudas, llegaron al fin a un acuerdo para después ofrecer un fallo. Y sugiere que esta reunión tuvo lugar en las espaciosas instalaciones de algún mítico hotel de seis estrellas (sólo accesible en helicóptero), rodeado de altos muros y guardias en los puntos de control. No hubo contacto alguno entre los pensadores y la población local. No hubo encuentros fuera de plan. El resultado es que se niega lo que realmente ocurrió en la historia, que desconocemos lo que hoy ocurre detrás de los muros del hotel. Ética de turismo de lujo en aislamiento.

Regresemos al verano de 1945. Sesenta y seis de las mayores ciudades de Japón quedaron consumidas en los incendios producidos por bombardeos con napalm. En Tokio había un millón de civiles sin techo y cien mil personas más perdieron la vida. En palabras del teniente general Curtis Lemay, quien estuvo a cargo de las operaciones de bombardeo incendiario, los habían «tostado y hervido y horneado hasta la muerte». El hijo y confidente del presidente Franklin D. Roosevelt dijo que los bombardeos habrían de continuar «hasta que hayamos destruido más o menos a la mitad de la población civil japonesa». El 18 de julio

el emperador japonés telegrafió al presidente Truman, quien sucediera a Roosevelt, y de nuevo pidió paz. El mensaje fue ignorado.

Unos días antes del bombardeo de Hiroshima, el vicealmirante Radford alardeó: «A la larga, Japón será una nación sin ciudades, un pueblo nómada».

La bomba, que estalló sobre un hospital del centro de la ciudad, mató a cien mil personas al instante, el noventa y cinco por ciento de las cuales eran civiles. Otras cien mil personas murieron lentamente a consecuencia de las quemaduras y los efectos de la radiación.

«Hace dieciséis horas —anunció el presidente Truman—, un avión estadounidense arrojó una bomba sobre Hiroshima, importante base militar japonesa».

Un mes después, el intrépido periodista australiano Wilfred Burchett describió, en el primer reportaje sin censura, el sufrimiento cataclísmico que halló al visitar un improvisado hospital en dicha ciudad.

El general Groves, quien fuera director militar del Proyecto Manhattan para planear y fabricar la bomba, tranquilizó con ligereza a los congresistas diciendo que la radiación no ocasionaba «sufrimiento indebido» y que «de hecho, dicen, es una forma muy placentera de morir».

En 1946, un peritaje sobre los bombardeos estratégicos estadounidenses concluyó que «Japón se habría rendido aun sin arrojarle bombas atómicas...».

Por supuesto, describir el curso de los acontecimientos de la forma tan breve en que lo he hecho es simplificar de más. El Proyecto Manhattan comenzó

en 1942, cuando Hitler parecía triunfar y existía el riesgo de que los investigadores alemanes pudieran ser los primeros en fabricar bombas atómicas. La decisión estadounidense de arrojar dos bombas atómicas sobre Japón cuando el riesgo anterior ya no pesaba, debe situarse a la sombra de las atrocidades cometidas por las fuerzas armadas japonesas en el sudeste asiático, y del ataque sorpresa a Pearl Harbor en diciembre de 1941. Hubo comandantes estadounidenses y ciertos científicos que, trabajando en el Proyecto Manhattan, hicieron lo imposible por posponer o argumentar en contra de la confiada decisión de Truman.

Finalmente, una vez dicho y hecho todo, la rendición incondicional de Japón, el 14 de agosto, no podía celebrarse como la anhelada victoria (ciertamente no lo fue). En su centro había una angustia y una confusión que cegaban.

Hablemos del miedo
(abril de 2003)

Si no triunfamos,
corremos el riesgo de fracasar.
GEORGE W. BUSH

Cayó Bagdad. La ciudad fue tomada por las tropas que le traían la libertad. Sus hospitales se hallan lastimeramente atestados de civiles quemados y lisiados, muchos de ellos niños, y todos ellos son las víctimas de misiles computarizados, obuses y bombas lanzadas por los libertadores de la ciudad. Las estatuas de Saddam Hussein han sido derribadas. Mientras tanto, en el Pentágono, el señor secretario Rumsfeld sugiere en una conferencia de prensa que el siguiente país que libertarán es Siria.

Esta mañana llegó un correo electrónico de un amigo pintor: «Hoy es duro mirar el mundo, ya no digamos pensar lo». Cada uno de nosotros puede reconocerse en ese *cri de coeur*; no obstante, pensemos.

Hay ciertos momentos irrepetibles al mirar una montaña que nos es familiar. Tienen que ver con una luz particular, con la temperatura exacta, con el viento y la estación. Podría uno vivir siete vidas y nunca volver a ver la montaña así; su faz es tan específica como un atisbo momentáneo a través de la mesa del desayuno. Una montaña permanece en el mismo sitio, podría-

mos considerarla casi inmortal, pero para quienes están familiarizados con ella, la montaña nunca se repite. Posee otra escala temporal.

Cada día y cada noche en la actual guerra en Iraq es diferente: tiene diferentes pesares, diferentes actos de desafío, diferentes estupideces. No obstante, sigue siendo la misma guerra, la guerra que casi todo el mundo percibió, antes de que empezara, como una agresión de cinismo sin precedentes (existe un abismo entre los principios declarados y las intenciones reales), emprendida para controlar una de las reservas petroleras más ricas del mundo, para probar armamento nuevo, como la bomba de microondas, armas de destrucción inmisericorde —muchas de las cuales los fabricantes se las ofrecen gratis al Pentágono, en la idea de obtener contratos sustanciosos en las guerras venideras—. Por encima de todo, es una guerra emprendida para demostrarle al mundo fragmentado pero global qué son la commoción y el espanto.

Pongámoslo menos retórico. La intención primaria de la guerra, lanzada desafiando a Naciones Unidas, fue demostrar lo que puede ocurrirle a cualquier líder, nación, comunidad o pueblo que persista en su rechazo a cumplir los intereses estadounidenses. Antes de las fraudulentas elecciones de Bush, y antes de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, en los círculos de planificación corporativos y operacionales se discutieron muchas propuestas y memorandos acerca de la necesidad vital de una demostración semejante.

El término *intereses estadounidenses* puede prestarse a confusiones. No se refiere a los intereses direc-

tos de los ciudadanos estadounidenses, ya sean pobres o acomodados, sino a los intereses de las más vastas corporaciones multinacionales, con frecuencia dominadas por el capital estadounidense y que ahora —y cuando sea necesario— defienden las fuerzas armadas de Estados Unidos.

Lo que lograron Rumsfeld, Cheney, Rice, Wolfowitz, Perle y compañía después del 11 de septiembre fue cerrar cualquier debate acerca de la legitimidad o eficiencia final de un despliegue tan amenazador de poder. Usaron el miedo, disparado por el ataque a las Torres Gemelas, para intentar enrolar a los medios y a la opinión pública y que respaldaran ataques preventivos, decididos unilateralmente, contra cualquier objetivo calificado por ellos de terrorista. La consecuencia es que el mercado mundial, en su espiral, se teje en torno a las Barras y Estrellas, y obtener ganancias (para los pocos que pueden obtenerlas) se convierte en el único derecho inalienable.

«El terrorismo es la guerra de los pobres, y la guerra es el terrorismo de los ricos», anotó recientemente el dramaturgo Peter Ustinov, con sucinta claridad.

Aunque la afirmación de que Iraq contaba aún con armas de destrucción masiva fue la justificación inventada para invadir ese país, tal vez no exista guerra donde la disparidad en la potencia de fuego entre los combatientes haya sido tan enorme. De un lado, la vigilancia satelital día y noche, los B-52, los misiles Tomahawk, las bombas de fragmentación, obuses que esparcen uranio y armas computarizadas de tal sofisticación que dan pie a la teoría (y al sueño virtual) de una guerra sin contacto; de otro lado, sacos de arena, ancianos que blanden las pistolas de su juventud —unos

pocos fedayines, con camisetas raídas y zapatillas deportivas, armados con unos cuantos Kaláshnikovs. Durante la primera semana, las bombas barrieron la mayor parte de las tropas de la Guardia Republicana, armada convencionalmente. La proporción comparativa de bajas entre las fuerzas iraquíes y la Coalición bien podría acercarse a lo ocurrido en la operación cuyo logotipo fue Tormenta del Desierto: mil a uno.

Se tomó Bagdad durante los primeros cinco días a partir de que se les ordenó a las tropas terrestres atacar. El derribamiento obligatorio de las estatuas del odioso dictador siguió el mismo patrón: los ciudadanos liberados tenían únicamente martillos, mientras las tropas estadounidenses ayudaron con tanques y *bulldozers*.

La velocidad de la operación convenció a los reporteros domesticados, pero no a los valientes y arriesgados, de que la invasión era, como se prometió, una liberación. ¡Si hubiera signos de que esto fuera cierto! Mientras tanto, los pobres de Bagdad, privados fatalmente durante once años de embargo, iniciaron el pillaje y el vaciamiento de los edificios públicos. Comenzó el caos.

Regresemos a la montaña, la cual nos propone otra escala temporal, y observemos desde ahí. Los vencedores, con una superioridad armamentística sin precedentes históricos, los vencedores que estaban destinados a serlo, parecían asustados. No sólo los marines cubiertos con máscaras de gas, enviados a un país problemático a sufrir verdaderas tormentas del desierto. También se veían asustados los voceros lejanos en la

comodidad del Pentágono, y sobre todo los líderes nacionales de la Coalición, al aparecer por televisión o cuando conferenciaban, conspiradores, en sitios fuera de ruta.

Se dijo que muchos de los errores cometidos durante las primeras etapas de la guerra —soldados que murieron por fuego amigo, las familias de civiles que volaron en pedazos a quemarropa (una operación denominada «matar el vehículo»)— ocurrieron por nerviosismo.

Cualquiera de nosotros puede petrificarse en un momento si el miedo nos sobrecoge. Sin embargo, los líderes del nuevo orden mundial parecen tener un matrimonio con el miedo, y sus comandantes y sargentos se ven adoctrinados, desde arriba, con una dosis de ese mismo miedo.

¿Cuáles son las prácticas de este matrimonio? Día y noche los socios del miedo están ansiosos y preocupados por decirse a sí mismos y a sus subordinados las medias verdades adecuadas, las verdades a medias con las que esperan cambiar el mundo existente ¡volviéndolo uno que no es! Se requieren unas seis medias verdades para formar una mentira. La consecuencia es que pierden su cercanía con la realidad, mientras continúan soñando con el poder y, por supuesto, ejerciéndolo. Como necesitan absorber los impactos mientras aceleran, arremeter sin miramientos es su dispositivo invariable para evitar que se formulen preguntas.

Casados con el miedo, no hallan la manera de lidiar con la muerte, ni de darle su lugar. El miedo deja fuera a la muerte y por eso los muertos los abandonan. Están solos en el planeta —y el resto del mundo no lo está—. Que estén solos los vuelve muy peligrosos:

basta considerar todo el poder que despliegan, militar y de otras clases. Terriblemente peligrosos. Por esta razón, no sobrevivirán.

Durante el vigésimo tercer día de la guerra, el caos aumentó exponencialmente. El régimen se había derrumbado. Nadie encontró a Saddam Hussein. Los bombardeos aéreos continuaron su devastación, donde al general Tommy Franks le pareciera. En tierra, en Bagdad y otras ciudades liberadas, el pillaje, el robo, el desmembramiento, se apoderaron de todo, no sólo de los ministerios abandonados, sino de las tiendas, las casas, los hoteles e incluso los hospitales, donde más y más heridos morían sin esperanza. Algunos médicos de Bagdad tomaron las armas para intentar defender su equipo y los servicios que dispensaban. Y mientras tanto, las fuerzas que liberaron y traumatizaron la ciudad se quedaron observando, atónitas, nerviosas, sin hacer nada.

El escenario del derribo jubiloso de las estatuas de Saddam Hussein lo previó el Pentágono; lo preparó y estudió, porque contenía una de estas verdades a medias. La verdad completa de lo que ocurre en las ciudades, eso no se previó. El señor secretario Rumsfeld se refiere al caos como un simple «desorden».

Cuando una tiranía es derrocada, no por el pueblo afectado sino por otra tiranía, el resultado entraña el riesgo de volverse caos, porque la gente siente que se ha derrumbado por completo la última esperanza de un orden social. El impulso de la superviven-

cia personal se apodera entonces de la población y comienza el saqueo. Es así de simple y así de terrible. No obstante, los nuevos tiranos no saben nada de cómo se comporta un pueblo en situaciones extremas. El miedo les impide entenderlo; están solos en este planeta, incluso los muertos los han abandonado.

Un momento en Ramala
(junio de 2003)

Eqbal Ahmed fue, pienso, un hombre que vio la vida en plenitud. Era astuto, rápido, tenía muy poco tiempo que perder en tonterías, le encantaba cocinar y era lo opuesto de un oportunista —de alguien que fragmenta la vida—. Una vez escribí un relato de su infancia en Bihar en la época de la partición de India y Pakistán. Era una versión en papel de lo que me contó una noche en un bar en Ámsterdam. Cuando la leyó me pidió que le cambiara el nombre. Así lo hice. Era el relato de lo que lo decidió a ser un revolucionario, a la edad de diecisiete años. Ahora que ha muerto, le devuelvo su nombre.

Influenciado por los escritos de Frantz Fanon —en particular *Los condenados de la tierra*— se involucró profundamente en varias luchas de liberación, incluida la de los palestinos. Recuerdo que me habló de Yenín. Hacia el final de su vida, Eqbal estableció en Pakistán una universidad de pensamiento libre y le puso el nombre del gran filósofo del siglo XIV, Ibn Jaldún, quien imaginó la disciplina de la sociología antes de que existiera.

Eqbal aprendió pronto que la vida conduce inevitablemente a separaciones. Todo el mundo se daba cuenta de esto antes de que la categoría de lo trágico fuera tirada a la basura. No obstante, Eqbal conocía y aceptaba lo trágico. En consecuencia, destinó gran parte de su prodigiosa energía a forjar vínculos —de amis-

tad, de solidaridad política, de lealtad militar, de poesía compartida, de hospitalidad—, lazos que tuvieran la oportunidad de sobrevivir tras las inevitables separaciones. Todavía me acuerdo de las comidas que cocinaba.

No esperaba encontrarme con Eqbal en Ramala. Lo extraño es que el primer libro que cogí y abrí traía en la tercera página una foto suya. No, no lo estaba yo buscando. Pero estuvo a mi lado cuando decidí visitar la ciudad, y me dejó un mensaje que yo miré como se mira algún mensajito de teléfono móvil en la pantalla de la imaginación.

«Mira las piedras», decía.

Ok, repliqué a mi modo, las piedras.

Ciertos árboles —especialmente las moreras y los nísperos— aún cuentan la historia de cómo alguna vez, en otra vida, antes de la Nakbah, Ramala fue para los adinerados una población de ocio y esparcimiento, un lugar cercano a Jerusalén para descansar durante el cálido verano, un centro vacacional. La Nakbah es la «catástrofe» de 1948, cuando diez mil palestinos fueron asesinados y setecientos mil se vieron forzados a abandonar su país.

Hace mucho tiempo, las parejas de recién casados plantaban rosas en los jardines de Ramala como augurio para su vida futura, juntos. El suelo de aluvión le iba bien a las rosas.

Hoy no existe muro alguno en el centro de Ramala, convertida en capital de la Autoridad Palestina, que no esté cubierto con las fotografías de los muertos —tomadas en algún momento de su vida y que ahora se reimprimen como pequeños carteles—.

Los muertos son los mártires de la Segunda Intifada, que comenzó en septiembre de 2000. Los mártires son los que murieron a manos del ejército y los colonos israelíes, y todos los que decidieron sacrificarse en contraataques suicidas. Estos rostros transforman las berronas paredes callejeras en algo tan íntimo como una cartera plena de papeles y fotos privadas. La cartera tiene un compartimento para la tarjeta de identificación magnética emitida por los servicios de seguridad israelíes (sin la cual ningún palestino puede viajar ni unos cuantos kilómetros), y otro compartimento para la eternidad. En torno a los carteles, los muros muestran las cicatrices de las balas y la marca de las esquirlas de obús.

Hay una anciana, que pudiera ser la abuela en muchas carteras. Hay niños, apenas adolescentes, hay tantos padres. Escuchar las historias de cómo se toparon con su muerte es recordar lo que significa ser pobre. La pobreza fuerza las decisiones más duras, esas que casi no conducen a nada. Ser pobres es vivir con ese *casi*.

La mayoría de los muchachos, estos cuyos rostros tapizan los muros, nació en campos de refugiados tan pobres como arrabales. Abandonaron pronto la escuela buscando ganar dinero para la familia o ayudar al padre con su trabajo, si es que tenía. Otros cuantos soñaban con llegar a ser estrellas del fútbol. Muchos de ellos hicieron hondas de madera tallada, cuerda trenzada y piel retorcida para lanzarle piedras al ejército de ocupación.

Comparar las armas implicadas en tales confrontaciones nos remite a lo que significa la pobreza. De un lado helicópteros Apache y Cobra, F-15, tan-

ques Abrams, jeeps Humvee, sistemas electrónicos de vigilancia, gases lacrimógenos; del otro hondas, tirachinas, teléfonos móviles, Kaláshnikovs en mal estado y, en ocasiones, unos cuantos explosivos de fabricación casera. La enormidad del contraste revela algo que puedo sentir entre estos muros lacerados por la pena pero que no puedo nombrar. Si fuera yo un soldado israelí, no importa cuán armado estuviera, me aterraría finalmente con este algo. Tal vez es lo que atisbió el poeta Mourid Barghouti: «La gente que vive se hace vieja, pero los mártires se hacen jóvenes».

Tres historias de los muros.

Husni al-Nayjar, catorce años de edad. Trabajó ayudando a su padre, que era soldador. Mientras arrojaba piedras le dispararon y murió con una bala en la cabeza. En su foto su mirada es tranquila y se posa imperturbable en la distancia.

Abdelhamid Kharti, treinta y cuatro años de edad. Pintor y escritor. Cuando era joven recibió formación como enfermero. Como voluntario se sumó a una unidad de emergencia médica para rescatar y cuidar de los heridos. Su cadáver fue hallado cerca de un puesto de control, después de una noche sin confrontaciones. Le habían cortado los dedos. Todavía le colgaba un pulgar. Le habían roto un brazo, una mano y la mandíbula. Tenía veinte balas en el cuerpo.

Muhammad al-Durra, doce años de edad, vivía en el campamento de Breij. Al regresar a casa con su padre, cruzaron el puesto de control Netzarim, en Gaza, y les ordenaron bajar de su vehículo. Algunos soldados disparaban. Ambos se cubrieron de inmediato tras un muro de cemento. El padre hizo una señal con la mano para hacerles ver que estaban ahí y recibió

un impacto en ella. Un instante después le dieron a Muhammad en el pie. El padre cubrió a su hijo con su propio cuerpo. Más balas impactaron en ambos y el niño murió. Los doctores retiraron ocho balas del cuerpo del padre. Quedó paralítico a consecuencia de las heridas y ya no pudo trabajar. Hoy es un desempleado. Como se filmó el incidente, su historia se narra una y otra vez por todo el mundo.

Quiero hacer un dibujo de Abdelhamid Kharti. Muy temprano por la mañana vamos al poblado de Ain Kinya. Más allá hay un campamento beduino, cerca de un *wadi*. El sol no calienta todavía. Las cabras y las ovejas pastan un poco entre los toldos. Decido dibujar las colinas que dan hacia el oriente. Me siento en una roca cercana a una tienda negruzca. Cuento tan sólo con un cuaderno y una pluma. Sobre la tierra hay tirado un tarro de plástico, que me sugiere juntar algo de agua del hilo que brota del manantial para mezclarla, si la necesito, con la tinta.

Después de dibujar un rato, un joven se acerca (por supuesto, toda persona invisible en el campamento ya me ha visto), abre la tienda tras de mí, entra y sale sosteniendo un decrepito banco de plástico blanco que, me indica, puede ser más cómodo que la roca. Me imagino que, antes de hallarlo, debe de haber estado tirado en la calle cerca de una pastelería o una heladería. Le agradezco.

Sentado en este banco, en un campamento beduino, y conforme el sol comienza a calentar y las ranas del casi seco lecho del río se ponen a croar, continúo dibujando.

En lo alto de una colina, pocos kilómetros a la izquierda, hay un asentamiento israelí. Parece militar, como si fuera parte de algún armamento, diseñado para maniobras súbitas. No obstante es pequeño y está lejos.

Muy cerca, frente a mí, hay una colina de piedra caliza que tiene la forma de una cabeza de animal gigante dormido. Las rocas esparcidas por su cima son como cardenchas sobre su pelambre enmarañado. Repentinamente frustrado por la falta de pigmento, vierto agua del tarro sobre el polvo que piso, meto el dedo en el lodo y lo embarro en el dibujo de la cabeza del animal. El sol ahora quema. Una mula rebuzna. Paso la página de mi cuaderno y comienzo otro, y otro. Nada parece terminado. Cuando por fin regresa el joven, quiere ver mis dibujos.

Le abro el cuaderno. Sonríe. Vuelvo la hoja. Señala. Es nuestro, dice, ¡es nuestro polvo! Lo que él señala es mi dedo, no el dibujo.

Luego ambos miramos la colina.

No estoy entre los conquistados, sino entre los derrotados a los que los vencedores temen. El tiempo de los vencedores es siempre corto y aquel de los derrotados es incommensurablemente largo. Su espacio es diferente también. Todo en esta tierra limitada entraña una cuestión de espacio, y los vencedores ya lo entendieron. El acorralamiento que mantienen es primero y ante todo espacial. Se aplica, de manera ilegal y en desafío a las leyes internacionales, mediante los puestos de control, destruyendo los antiguos caminos, mediante nuevas vías alternativas reservadas estricta-

mente para los colonos israelíes, construyendo asentamientos fortificados en lo alto de las colinas —que en realidad son puestos de vigilancia y control de las mesetas circundantes—, mediante el toque de queda que obliga a la gente a permanecer puertas adentro, de noche y de día. Durante la invasión de Ramala, el año pasado, el toque de queda duró seis semanas y lo «levantaban» un par de horas, ciertos días, para que la gente fuera de compras. No había siquiera tiempo suficiente para enterrar a los que murieron en sus camas.

En un valiente libro, el arquitecto israelí disidente Eyal Weizman afirma que esta total dominación terrestre comienza en los bosquejos de los arquitectos y los planificadores de distrito. La violencia comienza mucho antes del arribo de los tanques y los jeeps. Él habla de una «política de verticalidad», donde los derrotados, incluso «en sus hogares», son literalmente vigilados y socavados.

El efecto de lo anterior es que la vida cotidiana resulta implacable. Tan pronto como a alguien se le ocurre decir una mañana cualquiera «voy a ver...» tiene que detenerse súbitamente y considerar cuántos cruces y retenes puede involucrar ese «vistazo». El espacio de las más simples decisiones de todos los días está maniatado, su pata delantera amarrada a su pata trasera.

Además, debido a que los retenes cambian impredeciblemente de un día para otro, la experiencia del tiempo también está maniatada. Nadie sabe por la mañana cuánto le costará llegar al trabajo, ir a ver a su madre, ir a clase, a la consulta del médico y, habiendo hecho estas cosas, tampoco sabe cuánto tiempo le llevará regresar a su casa. Un viaje, en cualquier dirección, puede implicar treinta minutos o cuatro horas,

o la ruta puede estar categóricamente cerrada por soldados armados con ametralladoras cargadas.

El gobierno israelí alega que se vio obligado a tomar estas medidas con tal de combatir el terrorismo. Sus alegatos son fintas. Su propósito verdadero es mantener un estrangulamiento que destruya el sentido de continuidad espacial y temporal de los moradores indígenas para que se vayan o se vuelvan sirvientes amilanados. Pero es aquí donde los muertos ayudan a los vivos a resistir, aquí hombres y mujeres deciden volverse mártires. El estrangulamiento inspira el terrorismo que dice combatir.

Un caminito de piedras, que va salvando las enormes rocas entreveradas, desciende a un valle al sur de Ramala. En tramos serpentea por antiguos olivares, algunos de los cuales datan del tiempo de los romanos. Esta carretera pedregosa (muy dura para cualquier vehículo) es el único medio con que cuentan los palestinos para acceder al pueblo cercano. La antigua carretera asfaltada, que les está vedada ahora, se reserva para los israelíes de los asentamientos. Voy aprisa, pues toda mi vida me ha parecido más cansado andar despacio. Descubro una flor roja entre los matorrales y me detengo a cortarla. Luego me entero de que se llama *Adonis aestivalis*. Su rojo es muy intenso y su vida, dice el libro de botánica, muy breve.

Baha me grita que no me dirija hacia la alta colina situada a mi izquierda. Si detectan que alguien se aproxima, grita, dispararán.

Intento calcular la distancia: menos de un kilómetro. Unos doscientos metros en sentido contrario

a la dirección poco recomendable descubro una mula y un caballo atados. Los tomo como garantía y camino hacia allá.

Llego a un lugar donde dos niños —uno como de once y otro cercano a los ocho años— trabajan solos en un campo. El más pequeño llena latas de agua de un barril incrustado en la tierra. El cuidado con que lo hace, sin derramar ni una gota, muestra lo preciada que es el agua. El chico mayor carga la lata llena mientras trepa con cuidado hacia una parcela sembrada donde riega algunas plantas. Ambos andan descalzos.

El que riega me saluda y me muestra orgulloso los surcos de su parcela, con varios cientos de plantas. Unas las reconozco: tomates, pepinos, berenjenas. Las deben de haber sembrado la semana anterior. Aún son muy pequeñas y buscan el agua. Una de las plantas no la reconozco y él lo nota. Luz fuerte, me dice. ¿Melón? *Shumaam!* Nos reímos. Cuando ríe sus ojos se fijan en mí, imperturbables. (Pienso en Husni al-Nayjar.) Ambos estamos —Dios sabrá por qué— viviendo el mismo momento. Me lleva a los surcos y me muestra cuánto ha regado. Nos detenemos unos instantes, miramos en derredor y atisbamos el asentamiento con sus muros defensivos y sus tejados rojos. Mientras señala con la barbilla en esa dirección percibo una suerte de burla en su gesto, una burla que quiere compartirme, como su orgullo al regar. Una burla que da paso a una mueca, como si de pronto hubiéramos convenido orinar en el mismo momento y en el mismo punto.

Más tarde andamos de regreso hacia el camino pedregoso. Recoge algo de menta y me ofrece un manojo. Su frescura picante es como un chorro de agua fría, agua más fría que la de su lata. Vamos a donde

están la mula y el caballo. El caballo, sin silla, tiene cabestro con riendas pero no brida ni bocado. El niño quiere hacerme una demostración algo más impresionante que una meada imaginaria. Salta entonces al caballo mientras su hermano retiene la mula y casi al instante va al galope, a pelo, por el camino por donde llegué. Es un caballo con seis extremidades, cuatro propias y dos que pertenecen al jinete, y las manos del niño controlan las seis. Monta con la experiencia de muchas vidas. Cuando regresa sonríe extraño y, por vez primera, se le ve tímido.

Me reencuentro con Baha y los otros, que se hallan a un kilómetro. Hablan con un hombre, el tío del niño, mientras éste riega plantas que apenas brotan. El sol desciende y la luz cambia. La tierra parduzca y amarilla, más oscura donde se regó, es ahora el color primario de todo el paisaje. Riega con lo que resta del agua; el fondo de un barril de plástico azul oscuro de quinientos litros.

En la superficie, el barril azul tiene cuidadosamente pegados once parches —son como los que se usan para remendar pinchazos, pero más grandes—. El hombre me explicará que fue así como reparó el barril después de que una pandilla del asentamiento de Halamish, el asentamiento de los techos rojos, viniera una noche, sabiendo que los recipientes de agua estaban plenos de lluvia primaveral, y los rajase con navajas. Otro barril, tirado sobre la terraza inferior, es irreparable. Más allá, en la misma terraza, se alza el tocón retorcido de un olivo que, a juzgar por su circunferencia, debía de tener varios cientos de años de edad, tal vez mil.

Hace algunas noches, dice el tío, lo cortaron con una sierra eléctrica.

~ Cito de nuevo a Mourid Barghouti: «Para los palestinos, el aceite de oliva es regalo al viajero, confort para la novia, recompensa del otoño, orgullo en las bodegas y riqueza de la familia por siglos».

Luego descubro un poema de Zakaria Moham-med con el título de «El bocado». Habla de un caballo negro sin brida que tiene sangre en los belfos. Con el caballo de Zakaria hay también un niño, sorprendido por la sangre.

*¿Qué es lo que masca el caballo?
pregunta,
¿qué es lo que masca?
El caballo negro
muerde
un bocado cuya forja es acero,
un bocado de memoria
para tascar,
impaciente, hasta la muerte.*

Si el niño que me ofreció la menta silvestre tuviera siete años más, no sería difícil entender que fuera miembro de Hamás, listo para sacrificar su vida.

El peso de los bloques de hormigón hechos aínicos, y de la mampostería derribada en el centro de operaciones de Arafat en Ramala, tiene ahora gravedad simbólica. No en la forma que imaginaron los comandantes israelíes. Derruir la Mukata con Arafat y sus acompañantes dentro era para ellos la demostración pública de su humillación; así como manchar con ketchup la ropa, los muebles y las paredes de los apar-

tamientos privados, que el ejército invadió y revolvió sistemáticamente, fue una advertencia de las calamidades que vendrían.

Aún ahora, Arafat representa a los palestinos con mayor fidelidad que ningún otro líder mundial a su pueblo. Democráticamente no, pero sí en lo trágico. De ahí la gravedad. Debido a los enormes errores cometidos por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), con él a la cabeza, y a causa de las equivocaciones de los Estados árabes circundantes, no tiene ya espacio para maniobrar políticamente. Ha dejado de ser un líder político. Y no obstante, se mantiene desafiante en su sitio. Nadie cree en él. Y muchos habrían dado su vida por él. ¿Cómo es esto? No siendo ya un político, Arafat se tornó montaña, pero una montaña de su patria.

Nunca antes vi una luz así. Baja del cielo de manera extrañamente uniforme, pues no hace distinción entre lo distante y lo cercano. Aquí, la diferencia entre lo lejano y lo cercano es sólo de escala, nunca de color, de textura o precisión. Y esto afecta a la manera en que te sitúas, afecta a tu sentido de estar aquí. La tierra se conforma en torno a ti, en vez de confrontarte. Es lo opuesto del Medio Oeste americano. En vez de saludarte, te recomienda no abandonarla nunca.

Y aquí estoy, cumpliendo inesperadamente el sueño que algunos de mis ancestros en Polonia, Galicia y el Imperio Austrohúngaro deben de haber alimentado y comentado durante al menos dos siglos. Y me encuentro aquí, identificado sin duda alguna con la defensa de una causa justa, compartiendo el dolor

que, en un grado trágicamente totalitario, infinge el Estado de Israel (y algunos primos míos).

Riad, que es profesor de carpintería, ha ido por sus dibujos para mostrármelos. Estamos sentados en el jardín de la casa paterna. El padre rastilla el campo con su caballo blanco. Cuando Riad vuelve, trae consigo los dibujos como si fueran un expediente extraído de un archivo de metal. Camina lento y las gallinas se apartan de su paso aún más parsimoniosas. Se sienta frente a mí y me entrega los dibujos uno por uno. Fueron hechos con lápiz duro, de memoria y con gran paciencia. Línea a línea, por las tardes después del trabajo, hasta que los negros se tornen tan negros como él quiere, y los grises permanezcan plomizos. Están hechos en hojas de papel grande.

El dibujo de una jarra de agua. El dibujo de su madre. El dibujo de una casa destruida, de las ventanas que daban a unos cuartos que ya no existen.

Cuando termino de verlos, me aborda un hombre mayor. Tiene el rostro paciente de un campesino. Da la impresión de que sabe usted de pollos, me dice. Cuando una gallina cae enferma, deja de poner. No hay mucho que hacer. Un día se despierta y siente que la muerte se aproxima. Un día se da cuenta de que va a morir y ¿qué sucede? Comienza a poner huevos otra vez, y nada sino la muerte podrá detenerla. Somos como esas gallinas.

Los puestos de control funcionan como fronteras interiores impuestas en los territorios ocupados,

pero no se parecen en nada a ningún paso fronterizo normal. Están construidos y administrados de tal manera que cualquiera que cruce es reducido al estatus de refugiado indeseable.

Es imposible subestimar la importancia otorgada al estrangulamiento del decoro. Se usa para recalcar quiénes son los vencedores y quiénes debieran reconocerse conquistados. Los palestinos deben sufrir, a menudo varias veces al día, la humillación de jugar el rol de refugiados en su propia patria.

Todo aquel que cruce tiene que hacerlo caminando hasta pasar el retén donde los soldados, con armas cargadas y listas, eligen a quien les da la gana «revisar». Ningún vehículo puede cruzar. El camino tradicional fue destruido. La nueva «ruta» obligada está plagada de rocas, piedras y otros obstáculos menores. En consecuencia, todos, incluso los más aptos, sufren el cruce.

A los enfermos y los ancianos los transportan en cajas de madera con cuatro ruedas. Se encargan de eso hombres jóvenes que así ganan un poco para ir tirando (tales cajas se hicieron originalmente para acarrear verduras en el mercado). Les dan a los pasajeros un cojín para mitigar las sacudidas. Escuchan sus historias. Todos se saben las noticias más frescas. (Cambia todo a diario.) Brindan consejo, se lamentan, pero están orgullosos de ofrecer la ayuda que puedan. Son lo más cercano al coro de la tragedia.

Algunos de los «viajeros» caminan con la ayuda de un bastón, algunos incluso con muletas. Todo aquello que normalmente lleva uno en el maletero del automóvil debe cruzarse en bultos cargados en los brazos o en la espalda. La distancia de un cruce puede cambiar

de la noche a la mañana y varía entre los trescientos metros y un kilómetro y medio.

Las parejas palestinas, excepto algunas que son sofisticadas y jóvenes, mantienen en público el decoro de una cierta distancia. En los puestos de control, las parejas de todas las edades se cogen de la mano al cruzar, buscando en cada paso un asidero, mientras calculan el ritmo exacto para evadir las armas que les apuntan. Nunca muy aprisa —apresurarse puede levantar sospechas— ni muy despacio —la duda puede provocar un «juego» que saque a los guardias de su aburrimiento crónico.

Es muy particular el carácter vindicadorio de muchos (no de todos) soldados israelíes. Tiene poco que ver con la crueldad que describiera y lamentara Eurípides, pues aquí la confrontación no es entre iguales sino entre los todopoderosos y los supuestamente indefensos. Sin embargo, esta prepotencia de los poderosos va acompañada de una frustración furiosa: el descubrimiento de que, pese a todo su armamento, su poder tiene un inexplicable límite.

Quiero cambiar algunos euros por shekels —los palestinos no cuentan con moneda propia—. Deambulo por la calle principal y paso por muchas tiendecitas. De tanto en tanto, me topo con algún hombre sentado en su silla sobre lo que alguna vez fuese la acera antes de la invasión de los tanques. Estos hombres sostienen en las manos fajos de billetes. Me aproximo a uno, joven, y le digo que quiero cambiar cien

euros. (Con una cantidad semejante uno podría comprar un brazalete pequeño, como para una niña, en una de las joyerías.) Consulta su calculadora de juguete y me extiende varios cientos de shekels.

Continúo caminando. Un niño que, pensando en edades, podría ser hermano de la niña del imaginario brazalete de oro, insiste en venderme chicle. Proviene de uno de los dos campos de refugiados de Ramala. Compro. También vende cubiertas plásticas para las tarjetas de identidad. Insiste en que le compre toda su goma de mascar. Eso hago.

Pasa una media hora y me hallo en un mercado de legumbres. Un hombre vende ajos del tamaño de bombillas. Hay mucha gente junta. Alguien me toca el hombro. Me doy la vuelta. Es el cambista. Le di, dice, cincuenta shekels de menos, aquí están. Cojo los cinco billetes de diez. Fue usted muy fácil de encontrar, añade.

Le doy las gracias. La expresión de sus ojos mientras me mira me recuerda a una anciana que vi un día antes. Es una expresión de gran atención al momento. Considerada y tranquila, como si fuera tal vez el último momento.

Entonces, el cambista se da la vuelta y emprende la larga caminata hacia su silla.

Conocí a la anciana en el poblado de Kobar. La casa era nueva y escueta, sin terminar. Sobre las paredes de la sala desnuda había unas fotografías enmarcadas de su sobrino, Marwan Barghouti. Marwan de niño, de adolescente, como hombre de cuarenta años. Hoy está en una prisión israelí. Si sobrevive, será uno de los pocos dirigentes políticos de Al-Fatah a quien necesariamente habrá que consultar en caso de impulsar algún sólido acuerdo de paz.

Mientras bebíamos zumo de lima y la tía hacía café, sus nietos salieron al jardín: dos niños, uno de siete y otro de nueve años. El pequeño se llama Patria y el mayor, Resistencia. Corrían en todas direcciones y se detenían de pronto, mirándose intensamente el uno al otro, como si se escondieran tras algo y se asomaran a ver si el otro ya los había descubierto. Luego se lanzaban corriendo otra vez hasta encontrar otro escondite invisible. Es un juego que inventaron y al que juegan juntos muchas veces.

El tercer niño tenía cuatro años. En su rostro había brotes rojos y blancos como los de un payaso, y como buen payaso se apartaba, nostálgico, socarrón, inseguro de lo que le pasaba. Tenía sarampión y sabía que no debía aproximarse a las visitas.

Llegado el momento de despedirnos, la tía me dio la mano y en sus ojos vi esta misma expresión especial de atención al momento.

Cuando dos personas tienden un mantel sobre una mesa, se miran la una a la otra para asegurar la colocación de la tela. Imaginen que la mesa es el mundo y el mantel las vidas de quienes debemos salvar. Ésa era la expresión.

Un pequeño tazón de bronce conocido como la Copa del Miedo. Grabado con figuras geométricas propias de la filigrana y algunos versos del Corán dispuestos en forma de flor. Hay que llenarlo de agua y dejarlo fuera bajo las estrellas por una noche. Luego hay que beber el agua mientras se reza para aliviar las penas y curarse. Para muchas enfermedades la Copa del Miedo es claramente menos efectiva que una dosis

de antibióticos. Pero un tazón con agua que ha reflejado el tiempo y las estrellas, esa misma agua de la que toda cosa viva está hecha, se dice en el Corán, puede ayudarte a resistir el estrangulamiento.

Dos semanas después de abandonar Ramala me encuentro en Finistère, al noroeste de Francia, mirando el mar. El contraste con el clima y la vegetación no puede ser más grande. Lo único en común es la abundancia de matorrales —*toot il alliq*—. La costa de Finistère está verde de helechos, que llegan hasta donde comienzan las rocas. Y se rompe en incontables islitas por el impacto del océano, que cambia de color cada media hora. A la costa occidental de Europa, de Cornualles a la Galicia española, se la llama el Confín de la Tierra. Aquí la tierra termina vuelta helechos e isletas que son meras rocas.

He venido a ver el monumento más antiguo del mundo, construido mil años antes que las primeras pirámides. Se construyó también como monumento funerario. Lo que estoy mirando, Eqbal, es una pila de piedras. En la guía dice que es una especie de túmulo, los lenguajes antiguos lo llamaban *cairn*.

Y no obstante es más que una pila de piedras; es una escultura muy articulada. Cada cuarenta centímetros de ella han sido, digamos, escritos a mano. Tiene más de setenta metros de largo, unos veinticinco metros de ancho y ocho o diez metros de alto, y en cada dirección cada una de las piedras se une a la siguiente intencionalmente, como si las piedras fueran palabras manuscritas.

Imaginemos la cubierta de un barco. Se dirige al noreste para salir de la bahía de Morlaix, y luego poder enfilarse al oeste hacia América. Este barco, con su proa homérica (la leyenda local dice que Odiseo pasó por esta costa rumbo a Cork), está hecho de piedras, y naturalmente está casado con la tierra.

Según el método de datación con carbono, fue construido por lo menos hace seis mil años, en dos ocasiones diferentes. Primero se hizo la popa con piedras metamórficas, verdosas, de dolerita, como las que abundan a lo largo de la costa con su tierra ácida bajo los helechos. Después, un siglo o dos más tarde, se añadió la proa, hecha sobre todo con granito color avena, que vino de la pequeña isla de Sterec.

Hubo una tercera construcción que pudo haber sido un segundo barco de la muerte, pero ésta fue destruida por completo en los años cincuenta, cuando todo el sitio, que hacía mucho estaba cubierto de tierra y se había deformado, se explotó como cantera, usando las piedras para hacer grava.

Los arqueólogos deducen que cada una de las partes del barco, en las dos ocasiones, se construyó en el lapso de unos cuantos meses. Y esto, dada la labor que implica, supone que toda una población de colonos, varios cientos de personas, trabajó aquí unida.

La mayoría de las piedras es del tamaño y el peso de lo que un hombre fuerte podría cargar con ambos brazos. Hay otras menores, pequeñas como puños, utilizadas para llenar los espacios recalcitrantes que quedaban entre las junturas casi perfectas de las piedras mayores.

Las cubiertas del barco son lisas, no están empedradas. Y hay algunos cuantos megalitos, más altos

que una persona, utilizados como dinteles por encima de las entradas a pasadizos o algunas veces como techos planos para cámaras abovedadas. En la cubierta inferior, veintidós pasajes de piedra seca, de babor a estribor, conducen a once bóvedas, donde colocaban a los muertos.

Sigo uno de esos pasadizos, que es como una frase que se encamina a su centro y aquí, en este santuario semidesdestruido, miro las piedras que sobresalen. Son las mismas que otros millones de piedras en las playas de esta costa, excepto que aquí hablan y son eloquentes, debido a su disposición y arreglo.

El caos quizá tenga sus razones, pero el caos es mudo. De la capacidad humana para arreglar, para colocar, proviene el lenguaje y la comunicación. De la idea de lugar provienen la capacidad de arreglar y disponer, y la capacidad de reconocer y nombrar un sitio. ¿No son inseparables en su origen de la necesidad de respetar y defender a nuestros muertos?

Se me ocurre una comparación extraña. Lo que inspiró a cientos de personas a trabajar juntas durante varios meses para construir este barco de piedras es tal vez muy cercano a lo que inspira a los muchachos en Palestina a arrojarle piedras a los tanques del ejército de ocupación.

¿Un maestro de lo inexorable?
(mayo de 2004)

Había que visitar la exposición de Francis Bacon en el Museo Maillol en París. La exposición representa sucintamente el trabajo de toda una vida. Lean el libro más reciente de Susan Sontag, *Ante el dolor de los demás*^{*}. El libro es una notable y profunda meditación sobre la guerra, la mutilación física y el efecto de las fotografías de denuncia. En algún lugar de mí mismo, el libro y la exposición se refieren mutuamente. Todavía no entiendo bien de qué manera.

Como pintor figurativo, Bacon tuvo la destreza y la sagacidad de un Fragonard. (La comparación lo habría divertido; ambos fueron pintores consumados de la sensación física: uno del placer y el otro del sufrimiento.) Resulta fácil entender que la maestría de Bacon haya intrigado por lo menos a dos generaciones de pintores, para quienes fue todo un desafío. Si durante cincuenta años he sido crítico del trabajo de Bacon, es porque estaba convencido de que pintaba con el fin de conmocionar, a sí mismo y a otros. Y un motivo así, pensaba, se desgastaría con el tiempo. La semana pasada, conforme caminaba de aquí para allá ante sus pinturas en la Rue de Grenelle, percibí algo que no había entendido antes, y sentí una gratitud repentina hacia un pintor cuya obra he cuestionado por tanto tiempo.

* *Ante el dolor de los demás*, Madrid, Alfaguara, 2003.

Desde finales de los treinta hasta su muerte en 1992, Bacon sostuvo la visión de un mundo despiadado. Con insistencia pintó el cuerpo humano o partes de ese cuerpo en la aflicción, la privación o la agonía. En ocasiones, el sufrimiento que muestra parece habersele infligido a sus personajes, y las más de las veces parece originarse desde dentro, de las entrañas del cuerpo mismo, del infortunio del ser físico. Conscientemente, Bacon jugó con su nombre para crear un mito y lo logró. Alegó descender de su homónimo, el filósofo empirista inglés del siglo XVI, y pintó la carnalidad humana cual si fuera una loncha de tocino ahumado.

Pero no es esto lo que hace su mundo más despiadado que cualquiera pintado antes. El arte europeo está lleno de asesinatos, ejecuciones y mártires. En Goya, el primer artista del siglo XX (sí, del siglo XX), uno escucha la indignación del propio artista. Lo que hace a Bacon diferente es que en su visión no hay testigos y nadie se conduce. Nadie pintado por él se percata de lo que les ocurre a los otros pintados por él. Tal indiferencia ubicua es más cruel que cualquier mutilación.

Por añadidura, está el mutismo de los escenarios donde sitúa sus figuras. Este mutismo es como la frialdad de un congelador que se mantiene constante no importa lo que deposite uno en su interior. El teatro de Bacon, a diferencia del de Artaud, no tiene nada de ritual, porque ningún espacio circundante recibe los gestos de sus figuras. Todas las calamidades plasmadas se presentan como mero accidente colateral.

En su tiempo, los melodramas de un círculo bohemio muy provinciano, donde a nadie le importaba un pito lo que ocurriera en otro lugar, alimenta-

ron y perturbaron su visión. Y sin embargo... sin embargo, el despiadado mundo que Bacon conjuró y trató de exorcizar resultó profético. Puede ocurrir que el drama personal de un artista refleje, en el lapso de medio siglo, la crisis de una civilización entera. ¿Cómo? Misteriosamente.

¿No ha sido siempre despiadado el mundo? La brutalidad de hoy es tal vez más incesante, invasiva y continua. No perdona nada, ni siquiera al planeta mismo, ni a nadie vivo en sitio alguno. Siendo abstracta, porque deriva de la sola lógica de la ganancia (tan fría como un congelador), amenaza con hacer obsoletos todos los otros órdenes de pensamiento junto con su tradición de enfrentar la crueldad de la vida con dignidad y algunos destellos de esperanza.

Regresemos a Bacon y a lo que revela su obra. Obsesivamente utilizó el lenguaje pictórico y las referencias temáticas de algunos de los pintores previos —como Velázquez, Miguel Ángel, Ingres o Van Gogh—. Esta «continuidad» hace de la devastación de su mirada algo más total.

En su visión, la idealización renacentista del cuerpo humano desnudo, la promesa eclesiástica de la redención, la noción clásica del heroísmo o la ardiente creencia de Van Gogh en la democracia se revelan hechas jirones, indefensas ante lo despiadado. Bacon recoge los hilachos y los usa como estropajos. Esto es lo que no había notado antes. He aquí la revelación.

Una revelación que confirma una intuición: empeñarse hoy en el vocabulario habitual, como el que emplean los poderosos y los medios, únicamente aumenta el ensombrecimiento y la devastación circundantes. Esto no significa necesariamente pasar al si-

lencio. Significa escoger las voces con las que uno desea unirse.

El actual período de la historia es el del Muro. Cuando cayó el de Berlín, comenzaron a desplegarse los planes expresos de construir muros por todas partes. De hormigón, burocráticos, de vigilancia, de seguridad, racistas. Por todos lados los muros separan a los pobres desesperados de aquellos que —yendo contra la esperanza— confían en mantenerse relativamente ricos. Los muros cruzan todas las esferas —de los cultivos a la atención de la salud—. Existen también en las metrópolis más ricas del mundo. El Muro es la línea del frente de lo que, hace mucho, se llamaba lucha de clases.

De un lado del Muro: todo el armamento concebible, el sueño de guerras sin bolsas negras con cadáveres identificables, los medios, la abundancia, la higiene, los tantos pasaportes al glamour. En el otro lado: piedras, desabastecimiento, feudos, enfermedades rampantes, la aceptación de la muerte y la preocupación perenne de sobrevivir una noche más —o tal vez una semana más—, juntos.

Elegir dar sentido al mundo hoy es elegir entre ambos lados del Muro. El Muro está también dentro de cada uno de nosotros. Sea cual sea nuestra circunstancia, podemos elegir, en nosotros, de qué lado del Muro nos sentimos más afines. No es un muro entre el bien y el mal. Ambos existen en ambos lados. Lo que elegimos es respetarnos a nosotros mismos o el caos personal.

Del lado de los poderosos hay un conformismo que proviene del miedo —nunca se olvidan del Muro— y un muscular palabro que ya no significan nada. Ese enmudecimiento es lo que Bacon pintó.

Del otro lado hay una multitud de lenguajes, desiguales, o que desaparecen, lenguajes con cuyos vocabularios puede tejerse un sentido de la vida aun si —o particularmente si— ese sentido es trágico.

*Cuando mis palabras eran trigo
fui tierra.*

*Cuando mis palabras eran rabia
fui tormenta.*

*Cuando mis palabras eran roca
fui río.*

*Cuando mis palabras se volvieron miel
las moscas cubrieron mis labios.**

MAHMOUD DARWISH

Bacon no tuvo miedo de pintar el enmudecimiento, y al pintarlo, ¿no estuvo más cerca de aquellos para quienes los muros son un obstáculo más que hay que sortear, aun si esto implica arriesgar la vida propia en aras de los que vendrán después? Podría ser...

* «Words», publicado en *Sand and Other Poems*, 1986.

Diez comunicados acerca de la entereza ante
los Muros
(octubre de 2004)

1

Dice un proverbio chino: «El viento se levantó en la noche, y lejos llevó nuestros planes».

2

Los pobres no tienen residencia. Tienen hogares porque recuerdan a las madres o a los abuelos o a la tía que los crió. Una residencia es una fortaleza, no un relato; mantiene a los salvajes a raya. Una residencia requiere muros. Casi todos los pobres sueñan con una pequeña residencia. Es como soñar un descanso. No importa cuán enorme sea la congestión, los pobres viven en lo abierto, donde improvisan lugares para sí mismos, no residencias. Estos lugares son tan protagonistas como sus ocupantes; tienen vidas propias que vivir y no esperan, como las residencias, la llegada de otros. Los pobres viven con el viento, con la humedad, con el volátil polvo, con el silencio y el ruido intolerable (a veces con ambos: sí, eso es posible), con hormigas, con animales grandes, con olores que vienen de la tierra, con ratas, humo, lluvia, vibraciones de otras partes, rumores; con la caída de la noche, y unos con otros. Entre los habitantes / estas

presencias no hay líneas divisorias claras. Confundidos inextricablemente, juntos forman la vida del lugar.

«Caía el crepúsculo; el cielo envuelto en una fresca niebla gris empezaba a cerrarse en lo oscuro; y el viento, después de pasar el día haciendo crujir el rastrojo y los arbustos desnudos, muertos en espera del invierno, ahora se posaba en las partes bajas, quietas, de la tierra...»*

Colectivamente, los pobres son inasibles. No sólo son la mayoría del planeta, están por doquier y el suceso más diminuto habla de ellos. Por eso la actividad esencial de los ricos de hoy es construir muros: paredes de hormigón, vigilancia electrónica, barreras de misiles, campos minados, controles fronterizos y opacas pantallas mediáticas.

3

En la vida de los pobres casi todo son penurias, interrumpidas por momentos de iluminación. Cada vida tiene su propia propensión a iluminarse y no hay dos iguales. (El conformismo es un hábito que cultivan los acomodados.) Los momentos de iluminación arriban mediante la ternura y el amor: el consuelo de ser reconocidos, necesitados y abrazados por ser lo que repentinamente uno es. A otros momentos los ilumina la intuición, pese a todo, de que la especie humana sirve para algo.

* Tomado de Andréi Platónov, *Soul* (traducido al inglés por Robert y Elizabeth Chandler, y Olga Meerson). Londres, Harvill, 2003. En ausencia de versiones castellanas de Platónov, nos atuvimos a aquellas vertidas en inglés en todos los fragmentos citados a lo largo del presente capítulo.

«“Nazar, dime cualquier cosa; algo que sea más importante que lo demás.”

»Aidym bajó el tamaño de la mecha en la lámpara para usar menos parafina. Comprendió que, ya que en la vida había algo más importante que lo demás, era esencial cuidar de todos los bienes que existieran.

»“No conozco eso que realmente importa, Aidym —dijo Chagataev—. No lo he pensado, nunca tengo tiempo. Pero si ambos nacimos, debe de haber algo en nosotros que de verdad importa”.

»Aidym coincidió: “Es poco lo que importa... y mucho lo que no”.

»Aidym preparó la cena. Sacó pan plano de un costal, lo embrarró con manteca de cordero y lo partió por la mitad. Le dio a Chagataev la mitad más grande y se quedó con la chica. En silencio masticaron su comida a la débil luz de la lámpara. En el Ust Yurt y en el desierto todo estaba quieto, incierto y oscuro.»*

4

En las vidas donde casi todo son penurias penetra de tiempo en tiempo la desesperación. Ésta es la emoción que nos acomete cuando sufrimos una traición: cuando se derrumba la posibilidad erguida contra todas las probabilidades (algo todavía lejos de ser una promesa), la desesperación inunda el espacio del alma que antes ocupaba la confianza. La desesperación nada tiene que ver con el nihilismo.

* Andréi Platónov, *Soul*, op. cit.

En su sentido contemporáneo, el nihilismo es negarse a creer en cualquier escala de prioridades que rebase la búsqueda de ganancias; es considerar que ésta es el fin último de toda actividad social, de tal modo que, precisamente: todo tiene precio. El nihilismo es la forma más actual de la cobardía humana, es resignarse ante el alegato de que el precio lo es todo. No es frecuente que los pobres sucumban ante esta cobardía.

«Comenzó a compadecer su cuerpo y sus huesos; su madre los había juntado para él a partir de la pobreza de su propia carne —no por amor o pasión, tampoco por placer, sino a causa de las más cotidianas necesidades—. Se sintió como si le perteneciera a otros, como si fuera la última posesión de quienes no tenían ninguna. Sintió estar a punto de ser despilfarrado sin propósito, y lo acometió la más grande y vital furia de su vida.»*

Una nota explicando estas citas. Provienen de los relatos del gran escritor ruso Andréi Platónov (1899-1951), que escribió acerca de la pobreza durante la guerra civil y luego en la colectivización forzada de la agricultura soviética a principios de los años treinta. Lo que hizo de esta pobreza algo diferente de las anteriores fue que su desolación traía consigo muchas esperanzas rotas. Era una pobreza que rodaba por el suelo extenuada, se levantaba, se tambaleaba, proseguía por entre los fragmentos de las promesas traidoras y las palabras aplastadas. Platónov usó con frecuencia el término *dushevny bednyak*, que signi-

* Andréi Platónov, *Soul*, op. cit.

fica, literalmente, «pobres almas»: aquellos a quienes les habían arrancado todo, de tal suerte que era inmenso su vacío interior. En esa inmensidad sólo quedaba su alma: es decir, su capacidad de sentir y aguantar. «De nuestra fealdad surgirá el corazón del mundo», escribió a principios de los años veinte. Los textos de Platónov salvaban algo sin sumarle penurias a lo vivido.

El mundo de hoy sufre otra forma moderna de la pobreza. No es necesario citar datos. Se conocen ampliamente y repetirlos una vez más sólo levanta otro muro, el de las estadísticas. Más de la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares diarios. Las culturas locales, con sus remedios —físicos y espirituales— para algunas de las aflicciones de la vida, son sistemáticamente destruidas y atacadas. La nueva tecnología y los medios de comunicación, la economía de libre mercado, la abundancia productiva, la democracia parlamentaria no están cumpliendo, por lo menos en lo concerniente a los pobres, con ninguna de sus promesas, más allá del suministro de ciertos bienes de consumo baratos, que los pobres pueden comprar cuando roban.

Platónov entendió la pobreza moderna más profundamente que ningún narrador que yo haya leído.

El secreto del impulso narrativo de los pobres yace en la convicción de que contar historias permite que se escuchen en algún otro lugar donde alguien, o tal vez una legión de personas, entienda mejor que el

narrador o los protagonistas lo que la vida significa. Los poderosos no pueden contar historias: un alarde es lo opuesto a un relato. Cualquier historia, por afable que sea, tiene que ser valiente, y los poderosos de hoy viven con nerviosismo.

Una narración remite la vida a un juez alternativo o más concluyente, que está lejos. Tal vez ese juez se sitúe en el futuro, o en un pasado pendiente, o quizás en otro lugar, tras de la loma, donde el sino del día cambió (los pobres tienen que referirse con frecuencia a la buena o mala suerte) y donde los últimos son ya los primeros.

El tiempo de los relatos (el tiempo dentro de la narración) no es lineal. Los vivos y los muertos se reúnen como oyentes y jueces dentro de este tiempo: cuanto más hagan sentir su presencia ahí, más íntimo se vuelve lo narrado para quien escucha. Los relatos son una manera de compartir la convicción de que la justicia es inminente. Apelando a tal convicción, los niños, las mujeres y los hombres lucharán con ferocidad sorprendente llegado el momento. Es por eso que los tiranos temen el acto de narrar: de alguna manera, todas las historias aluden a la historia de su caída.

«Adondequiera que iba, bastaba que prometiera contar alguna historia y la gente le permitía quedarse por la noche: un relato es más fuerte que un zar. Pero ocurría algo: si comenzaba a contar historias antes de la cena, nadie sentía hambre y no le daban de comer. Por eso, antes que nada, el viejo soldado pedía un tazón de sopa.»*

* *The Portable Platonov* (traducido al inglés por Robert y Elizabeth Chandler), Birmingham, Glas Publishers, 1999.

6

Las peores cruelezas de la vida son sus injusticias asesinas. Casi todas las promesas están rotas. La aceptación que muestran los pobres ante la adversidad no es ni pasiva ni resignada. Es una aceptación que atisba tras la adversidad y descubre algo innombrable. No es una promesa porque (casi todas) las promesas se rompen; es más bien una especie de corchete, de paréntesis en el flujo irremisible de la historia. La suma total de estos paréntesis es la eternidad.

Esto puede plantearse desde otro lado: en esta tierra no existe la felicidad sin anhelo de justicia.

La felicidad no es una búsqueda, uno se topa con ella, es un encuentro. Casi todos los encuentros, sin embargo, tienen una secuela; ésta es su promesa. El encuentro con la felicidad no tiene secuela. Todo está ahí, al instante. La felicidad taladra penurias.

«Pensábamos que no había nada más en este mundo, que todo había desaparecido hace mucho. Y si fuéramos los últimos, ¿para qué seguir viviendo?»

»Fuimos a ver —dijo Allah—. ¿Había alguna otra persona por ahí? Queríamos saber».

»Chagataev los comprendió y preguntó si esto significaba que estaban convencidos de la vida y que ya no insistirían en morir.

»Morirse no tiene caso —dijo Cherkezov—. Morir una vez, bueno, puede uno pensar que es útil y necesario. Pero morir sólo una vez no te hace entender tu propia felicidad; y nadie tiene la oportunidad de morir dos veces. Así que morir no te lleva a ningún lado».»*

* Andréi Platónov, *Soul*, op. cit.

«Mientras los ricos bebían té y comían cordero, los pobres estaban a la espera de algún calorcito, y de que las plantas crecieran.»*

La diferencia entre las estaciones del año, la diferencia entre el día y la noche, el sol y la lluvia, son vitales. Es turbulento el flujo del tiempo. La turbulencia hace que los tiempos de vida se acorten —de hecho y subjetivamente—. Lo duradero es breve. Nada se prolonga. Esto es una plegaria, pero también un lamento.

«La madre lamentaba haber muerto y haber forzado a sus hijos a llorar por ella; si hubiera podido, habría seguido viviendo por siempre para que nadie sufriera por su causa, para que nadie desgastara, por su culpa, el corazón y el cuerpo que ella les diera al nacer... pero la madre no había podido aguantar la vida por mucho tiempo.»**

La muerte ocurre cuando la vida no tiene ya un solo jirón que defender.

«... era como si estuviera sola en el mundo, liberada de la felicidad y el sufrimiento, y quiso bailar

* Andréi Platónov, *Soul*, op. cit.

** Andréi Platónov, *The Fierce and Beautiful World* (traducido al inglés por Joseph Barnes). Nueva York, New York Review of Books, 2000.

un poco, de inmediato, y oír música, y cogerse de la mano con otras personas...»*

Los pobres están acostumbrados a vivir en proximidad cercana unos con otros, y esto crea su propio sentido espacial; el espacio no es tanto un vacío sino un intercambio. Cuando la gente vive hacinada, cualquier acción que alguien emprenda tiene repercusiones sobre los demás. Repercusiones físicas inmediatas. Todos los niños aprenden esto.

Hay entonces una incesante negociación espacial que puede ser cruel o considerada, conciliadora o dominante, espontánea o calculada, pero que reconoce que un intercambio no es algo abstracto sino un acomodo físico. Sus elaborados signos o gestos de lenguaje son una expresión de ese compartir físico. Fuera de los muros colaborar es tan natural como luchar. Es frecuente que haya trampas, pero la intriga, que implica tomar distancia, es algo raro.

La palabra *privado* tiene una resonancia totalmente diferente de ambos lados del muro. De un lado denota propiedad; del otro, reconocer la necesidad temporal de alguien, de que lo dejen a solas por un rato.

El espacio de las opciones es también limitado. Los pobres escogen tanto como los ricos, tal vez más porque cada decisión es más tajante. No existen catálogos de colores que ofrezcan alternativas entre ciento setenta matices diferentes. La opción está cerrada entre eso o aquello. Es frecuente que esto se haga con vehemencia, porque entraña la negación de lo que no

* *The Fierce and Beautiful World*, op. cit.

se escogió. Cada decisión es muy cercana al sacrificio. Y la suma de decisiones es el destino de una persona.

9

De aquel lado de los muros no se otorgan seguros, no se dan garantías, sin desarrollo (la palabra se escribe con D mayúscula, como artículo de fe). De este lado, entonces, no existe un futuro abierto ni asegurado. El futuro no se aguarda. Y no obstante, hay continuidad: cada generación se vincula con otra. Por ese motivo hay un respeto hacia la edad de las personas, pues los viejos son la prueba de esta continuidad; o incluso la demostración de que hubo un tiempo, hace mucho, en que existía el futuro. Los niños son el futuro. El futuro es la lucha incesante por ver que tengan suficiente para comer y la posibilidad azarosa de aprender, con la educación, algo que los padres nunca aprendieron.

«Cuando terminaron de hablar, extendieron sus brazos el uno hacia el otro. Quisieron ser felices de inmediato, ahora, sin esperar a que su futuro y celoso trabajo les trajera una felicidad general o personal. El corazón no admite demoras, enferma, como si no fuera posible creer en nada.»*

Aquí, el único regalo del futuro es el deseo. El futuro induce hacia sí mismo el brote del deseo. Los jóvenes son más flagrantes en su juventud que dentro de los muros. Este regalo es como un don de la naturaleza en toda su urgencia y suprema reafirmación. Las

leyes de la comunidad y de lo religioso siguen vigentes. De hecho, en medio del caos, más aparente que real, estas leyes se concretan. Y con todo, el silencioso deseo de procreación es incontrovertible y avasallador. Es el mismo deseo que buscará comida para los niños y luego buscará, tarde o temprano (cuanto más pronto, mejor), el consuelo de fornicar de nuevo. Éste es el regalo del futuro.

10

Las multitudes tienen respuestas a preguntas que nadie ha formulado aún, y la capacidad de sobrevivir a los muros.

Las preguntas aún no se han planteado porque hacerlo requiere palabras y conceptos que resuenen con la verdad, y los que se utilizan actualmente han quedado vacíos: Democracia, Libertad, Productividad, etcétera.

Con nuevos conceptos pronto se propondrán las preguntas, porque la historia entraña precisamente un proceso de cuestionamiento. ¿Pronto? En el lapso de una generación.

Entretanto, las respuestas abundan en los múltiples ingenios de las multitudes para ir tirando, en su rechazo a las fronteras, en su búsqueda de agujeros en los muros, en su adoración por los niños, en su premura cuando es necesario ser mártires, en su creencia de una continuidad, en su reconocimiento recurrente de que los dones de la vida son pequeños y no tienen precio.

Esta noche, sigan con un dedo la línea de su pelo (de ella, o de él) antes de dormir.

* *The Fierce and Beautiful World, op. cit.*

Pier Paolo Pasolini o el coro que traemos en la memoria
(junio de 2006)

Decir que Pasolini era como un ángel sería la cosa más estúpida que se haya dicho de él. ¿Un ángel pintado por Cosimo Tura? No. Hay un San Jorge de Tura que se le parece tanto que sólo le falta hablar. Él aborrecía a los santos oficiales y a los ángeles beatíficos. Entonces ¿por qué decirlo? Porque su habitual e inmensa tristeza le permitía hacer bromas, y la mirada en su rostro afligido dispensaba alegría, adivinando con exactitud quién era el que más la necesitaba. Y cuanto más íntimo fuera su contacto, más lúcido se volvía. Podía suavemente murmurarles a las personas el peor de los sucesos que les ocurrían y, de algún modo, hacerlos sufrir un poquito menos porque nunca sentimos desesperación sin un poquito de esperanza: «*Disperazione senza un po' di speranza*», decía Pier Paolo Pasolini (1922-1975).

Creo que dudaba de muchas cosas respecto de sí mismo, pero nunca de su don de profetizar, que tal vez fuera la única cosa de la que le habría gustado dudar. Mas, como era profético, viene en nuestro auxilio aun hoy, en la era que vivimos. Acabo de ver un film realizado en 1963. Es sorprendente que nunca se mostrase en público. Llega hoy como ese proverbial mensaje dentro de una botella que llega al fin a nuestras playas después de cuarenta años en remojo.

En 1962, la televisión italiana tuvo una brillante idea: invitar a un realizador cinematográfico para que respondiera a la pregunta de por qué existe en todo el mundo ese miedo a la guerra. Al realizador se le daría acceso a los archivos de noticias de la televisión entre 1945 y 1962 y podría editar cualquier material que escogiera, además de escribir un comentario que acompañara la edición con voz en off. Sería un programa televisivo de una hora. La cuestión era «candente» porque, en ese momento, el miedo de otra guerra mundial cundía por todas partes. La crisis de los misiles entre Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética ocurrió en octubre de 1962.

La cadena televisiva se lo pidió a Pasolini, que había rodado ya las películas *Accattone*, *Mamma Roma* y *La Ricotta*, y era una figura controvertida en los titulares de prensa. Aceptó. Realizó un film titulado *La Rabbia* (*La rabia*)^{*}.

Cuando los productores la vieron, les dio miedo e insistieron en que un segundo realizador, un notorio periodista de derechas llamado Giovanni Guarasci, llevara a cabo una segunda parte para que ambos documentales se presentaran como uno solo. El vuelco de los acontecimientos hizo que no se mostrara ninguno.

La Rabbia, diría yo, es un film inspirado en un fiero sentido de entereza, no de ira. Pasolini mira lo que ocurre en el mundo con resuelta lucidez. (Hay

ángelos dibujados por Rembrandt que tienen la misma mirada.) Y es así su mirada porque la realidad es todo cuanto tenemos para amar. No hay nada más.

Su rechazo de las hipocresías, las medias verdades y las pretensiones de los voraces y poderosos es total porque anidan y fomentan la ignorancia, que es una forma de ceguera ante la realidad. Y porque profanan la memoria, incluida la memoria del lenguaje mismo, que es nuestro legado más primordial.

Pero la realidad que él amó no podía suscribirse fácilmente, porque en aquel momento representaba un desengaño histórico muy profundo. Los antiguos anhelos que florecieran y se abrieran en 1945, tras la derrota del fascismo, habían sido traicionados.

La Unión Soviética había invadido Hungría. Francia comenzaba su cobarde guerra contra Argelia. Los procesos encaminados a la independencia de las antiguas colonias africanas entrañaban un macabro acertijo. A Lumumba le liquidaron los títeres de la CIA. El neocapitalismo planeaba ya su toma del poder global.

Y pese a esto, el legado era muy precioso y resultaba muy duro abandonarlo. O, por decirlo de otro modo, era imposible ignorar las evidentes llamadas, sin palabras, de la realidad. En la forma de usar un chal. En el rostro de un hombre joven. En una calle repleta de gente que exige menos injusticia, mientras se ríe de sus expectativas y se muestra temeraria en sus bromas. De ahí provenía la rabia de su entereza.

La respuesta de Pasolini a la pregunta original de la cadena televisiva fue simple: la lucha de clases explica la guerra.

* *La Rabbia*, producida por Gastone Ferranti (Opus Film), presentación de Galata, 1963.

El film termina con un imaginario soliloquio de Gagarin, el astronauta, después de haber visto la Tierra desde el espacio exterior, en el que observa que todos los hombres, vistos a cierta distancia, son hermanos que deberían renunciar a las sangrientas prácticas de nuestro planeta.

Sin embargo, en esencia es una película que aborda experiencias que la pregunta original de la televisión y la respuesta de Pasolini dejan de lado: el frío del invierno para los desamparados, el calor que brinda el recuerdo de los héroes revolucionarios, lo irreconciliables que son la libertad y el odio, el aire campesino del papa Juan XXIII, cuyos ojos sonreían como una tortuga, las faltas de Stalin que fueron nuestras faltas, la demoníaca tentación de pensar que ya no es posible luchar, la muerte de Marilyn Monroe y que la belleza es lo único que se salva de la estupidez del pasado y del salvajismo del futuro, la sensación de que Naturaleza y Riqueza son la misma cosa para las clases pudientes, las lágrimas hereditarias de nuestras madres, los hijos de los hijos de los hijos, las injusticias que siguen incluso a una victoria noble, el leve pánico en los ojos de Sophia Loren mientras observa las manos de un pescador que corta una anguila...

La narración que recorre la película en blanco y negro la encarnan dos voces anónimas —de hecho son las voces de dos de sus amigos: el pintor Renato Guttuso y el escritor Giorgio Bassani—. Una es la voz de un comentarista urgente; la otra es la voz de alguien mitad historiador, mitad poeta, la voz de quien profiere ensalmos. Entre los temas principales que cubre el film están la revolución húngara de 1956, la segunda candidatura de Eisenhower a la presidencia, la co-

rotación de la reina Isabel de Inglaterra, la victoria de Castro en Cuba.

La primera voz nos informa y la segunda nos recuerda. ¿El qué? No exactamente lo olvidado (es más astuta), sino lo que habíamos decidido olvidar, y tales decisiones comienzan con frecuencia en la niñez. Pasolini no olvidó nada de su niñez, de ahí la constante coexistencia del dolor y la diversión en todo lo que buscaba. Nos hace sentir vergüenza de nuestro olvido.

Las dos voces funcionan como un coro griego. No pueden alterar el resultado de lo que se nos muestra. No interpretan. Cuestionan, escuchan, observan y le dan voz a lo que el espectador puede, más o menos desarticuladamente, estar sintiendo.

Y lo logran porque son conscientes de que el lenguaje que comparten los personajes, el coro y el espectador es el depósito de una ancestral experiencia común. El lenguaje mismo es cómplice de nuestras reacciones. No puede ser engañado. Las voces hablan claro, opinan, no para coronar un argumento sino porque sería vergonzoso —dada la enormidad de la experiencia y el dolor humanos— que no se dijera lo que tienen que decir. Si no fuera dicho, nuestra capacidad de ser humanos se vería disminuida.

En la antigua Grecia el coro no lo formaban actores, sino ciudadanos varones, escogidos año tras año por el *choregus*, el maestro del coro. Representaban la ciudad, venían del ágora (el foro, la plaza). Y en calidad de coro se tornaban las voces de muchas generaciones. Cuando hablaban de lo que el público ya reconocía, eran los abuelos. Cuando daban voz a lo que el público sentía pero era incapaz de articular, eran los aún no nacidos.

Pasolini logra todo lo anterior con una sola mano y sus dos voces mientras da pasos, enrabetado, entre el mundo antiguo, que desaparecerá con el último campesino, y el mundo futuro de los cálculos feroces.

En muchos momentos la película nos recuerda los límites de la explicación racional, y la frecuente vulgaridad de términos como *optimismo* y *pesimismo*.

Los mejores talentos de Europa y Estados Unidos, anuncia, nos explican teóricamente lo que significa morir (luchando por Castro) en Cuba. Mas lo que realmente significa morir en Cuba —o en Nápoles o en Sevilla— sólo puede decirse con cariño, a la luz de una canción y en la luz de las lágrimas.

En otro momento propone que todos soñemos el derecho a ser como fueron nuestros ancestros. Y luego añade: sólo la revolución puede salvar el pasado.

La Rabbia es un film sobre el amor. Aunque su lucidez puede compararse a aquel aforismo de Kafka: «El Bien es, en cierto sentido, inconsolable».

Por esto digo que Pasolini era como un ángel.

Este film dura únicamente una hora, una hora que se confeccionó, midió y editó hace cuarenta años. Y contrasta tanto con los noticiarios que vemos y con la información con que nos alimentan hoy que, cuando la hora termina, uno se dice que no son sólo las especies animales y vegetales las que hoy son destruidas o extintas: también lo son nuestras prioridades humanas, serie tras serie. A estas últimas no se les rocían plaguicidas, sino «eticocidas»: agentes que matan la ética y como tal cualquier noción de la historia y la justicia.

Los objetivos principales de estos agentes son nuestras prioridades, que evolucionaron de la necesidad humana de compartirnos, legarnos, consolarnos, condolernos y esperanzarnos. Los noticiarios rocían «eticocidas» día y noche.

Estos agentes son tal vez menos efectivos, menos raudos de lo que creyeron los controladores, pero han logrado enterrar y esconder el espacio imaginativo que requiere y representa cualquier foro central, público. (Nuestros foros están en todas partes pero por el momento son marginales.) Y en el erial de estos foros borrados (reminiscente del páramo en que fuera asesinado por los fascistas), Pasolini nos une con su rabia, y su ejemplo de entereza es el de cómo mantener el coro que traemos en la memoria.

La carne y los discursos
(julio de 2005)

«Todos estábamos pasmados. Podíamos ver una luz parpadeante y pensamos que iba a haber un incendio. Al principio no pudimos abrir la puerta del vagón; cuando salimos, nos dimos cuenta de que había heridos de gravedad en el túnel.» Éstas son palabras de Loyita Worley, una pasajera del tren de la línea Circle en dirección a Aldgate, poco antes de las nueve de la mañana, el jueves 7 de julio.

Bajo tierra, la gente encuentra refugio y a la vez está indefensa. Los túneles son formas de escape y trampas terribles. El polvo sofoca cuando se bloquean los túneles.

Volar en pedazos a quienes viajan temprano por la mañana a su trabajo en un transporte público es atacar, con furtividad vergonzosa, a gente indefensa. Las víctimas sufren más dolor, y por mucho más tiempo, que el suicida que estalla las cargas atadas a su cuerpo. Y tal sufrimiento les otorga, con plena seguridad, el derecho de juzgar.

Otros, los políticos, se apresuran (de Gleneagles a Londres) a hablar en su nombre mientras sirven a sus propios intereses, que implican burdas simplificaciones, el uso de términos que deliberadamente confunden y, por encima de todo, el intento de justificarse a sí mismos y su pasado, por más desastrosos errores que hayan cometido.

Ni siquiera la inocencia del dolor y el desconocimiento que dicen venir a restañar y consolar parece darse la pausa que los haga dudar por un instante.

«Me mantuve con los ojos cerrados y pensando en el exterior. Daba miedo porque todas las luces se habían apagado y no escuchábamos al conductor, por lo que nos preguntábamos cómo estaba», dice Fiona Trueman, pasajera de la línea Piccadilly.

La calma de los londinenses, que sufrieron el ultraje de las explosiones y la penosa experiencia de aguardar noticias de sus seres queridos que podían estar ahí (ese silencio que corta cual cuchilla los dos lóbulos del corazón), impresionó al mundo que observaba, como también asombró la calma de la población madrileña un año antes. Era de esperar que esa tranquilidad alentara un pensar claro y, sobre todo, preciso. En el Estado español las circunstancias lo permitieron y uno de los primeros actos del nuevo gobierno electo fue retirar a las tropas españolas de la guerra en Iraq, una guerra a la que se oponía con vehemencia la mayor parte de los españoles.

En Londres, pese al evidente fracaso de esa guerra que no trajo sino caos y ruina a la nación que alegaban liberar, el efecto de las atrocidades que sufrió la gente en su modesto camino al trabajo no ha hecho sino incrementar la intransigencia del primer ministro y el gobierno, que arrastraron a una guerra innecesaria a un país que protestaba.

La mañana de las explosiones, Blair declaró desde Downing Street: «[los terroristas] intentan usar la matanza de gente inocente para acobardarnos, para que nos asuste hacer las cosas que queremos hacer, para que no sigamos en nuestros negocios...».

Quienes argumentan que Al-Qaeda estaba activa antes de la invasión de Iraq, y que, por tanto, combatir en Bagdad o Faluya es irrelevante para los bombardeos de Londres, argumentan de mala fe. La misma mala fe que los animó a mentir acerca de las inexistentes armas de destrucción masiva. Ciertamente Bin Laden planeaba atacar Occidente antes de la guerra de Iraq, pero esa guerra (y lo que ahí ha ocurrido y sigue ocurriendo) le brinda a Al-Qaeda un flujo constante de nuevos reclutas. Se dice que Eliza Manningham-Buller, cabeza del MI-5, alertó a los otros países del G-8 acerca del peligro de «una nueva generación de fanáticos como resultado de la guerra de Iraq». Y es de suponer que ella sabe de lo que habla.

Las atrocidades se planearon para hacerlas coincidir con la junta del G-8, que este año preside el primer ministro británico. Lo ocurrido en la junta no es otra historia sino parte de esta misma. En el contexto, no es el Corán lo que debería estudiarse, sino el comportamiento de las corporaciones y países más ricos del mundo. Dichas corporaciones se embarcan de manera sistemática en su propia yihad contra cualquier objetivo que se oponga a la maximización de sus ganancias.

Este año la guerra de Iraq se retiró convenientemente de la agenda del G-8. La prioridad consensuada fue alcanzar un acuerdo en torno a acciones que respondan al desastroso sobrecalentamiento del planeta y la pobreza en África.

Antes de la reunión, voces procedentes de todo el mundo —economistas, cantantes de rock, ecologistas, músicos, líderes religiosos— apelaron, en nombre de la conciencia y la solidaridad, a que hubiera deci-

siones sin precedentes para lograr cambios que pudieran mejorar las posibilidades futuras del planeta. ¿Y qué ocurrió? Después de buscar como traperos por entre toda la retórica, casi nada. Una breve danza de estadísticas. Pero de acuerdo con la aplanada curva de hallazgos de los traperos, nada. ¿Por qué?

El fanatismo proviene de cualquier forma de ceguera escogida para acompañar la consecución de un solo dogma. El dogma del G-8 es que hacer ganancias tiene que ser el principio rector de la humanidad, ante el cual todo lo demás —del pasado tradicional a las aspiraciones de futuro— debe sacrificarse como mera ilusión.

La llamada guerra contra el terrorismo es de hecho una guerra entre dos fanatismos.

Agrupar ambos en los mismos corchetes parece desmedido e insultante. Uno es teocrático; el otro es positivista y laico. Uno es el ferviente credo de una minoría defensiva; el otro es la conjeta incuestionable de una élite amorfa y confiada. Uno está empeñado en matar; el otro saquea, se va y deja que la gente se muera. Uno es estricto; el otro es laxo. Uno no tolera argumentos; el otro «comunica» y trata de «enhebrarse» en todas las esquinas del mundo. Uno clama el derecho de derramar sangre inocente; el otro el derecho de vender toda el agua del planeta. ¡Es una afrenta compararlos!

Pero la afrenta de lo que ocurrió en Londres en las líneas Piccadilly y Circle del subterráneo y en la línea de autobús número 30 fue la mala fortuna de muchos miles de personas vulnerables, que luchan por sobrevivir y dar sentido a sus vidas, atrapados inadvertidamente en el fuego cruzado global de esos dos fanatismos.

El poeta Keats escribió: «Los fanáticos tienen sus sueños, y con ellos intentan tejer un paraíso para una secta». Todos aquellos que no pertenecen a secta alguna escogerían vivir, no en un paraíso, sino sobre la tierra, juntos.

A punto de la desconexión
(septiembre de 2005)

A veces ocurre que por un momento una pregunta es más pertinente que las respuestas o las explicaciones. No estoy seguro de que la pregunta que quiero hacer sea de este orden, pues tiene el aire de ser ingenua. Sin embargo, quiero compartirla con ustedes.

En septiembre de 2005, a consecuencia de la catástrofe ocurrida en Nueva Orleans, cuyos efectos y aflacciones durarán años, la gente en Estados Unidos y en todo el mundo comenzó a examinar de nuevo la cuenta de Bush, Cheney, Rumsfeld, Rice, Rove *et al.*, hasta hoy líderes de la primera superpotencia mundial.

De la noche a la mañana, la gente cambió de opinión. Tumbándonos en nuestros asientos, la historia abrió de pronto su vórtice. Al mismo tiempo, en Nueva Orleans, veinte mil personas quedaron desesperadamente varadas y atrapadas en el Superdome. Katrina (todo mundo se refiere al huracán por su nombre, como si fuera una especie de avatar) reveló que en Estados Unidos hay una aguda y rampante pobreza, que es común que los negros sean tratados como indeseables ciudadanos de segunda clase, que los sistemáticos recortes de la inversión gubernamental en las instituciones públicas han producido vastos desequilibrios y abandono social (cuarenta millones de estadounidenses viven sin que se les preste asistencia alguna cuando enferman o se lastiman), que la llamada guerra contra el terrorismo está produciendo un

caos administrativo, y que en esta situación y contra todo lo anterior comienzan a elevarse voces de protesta claras y fuertes.

Para quienes lo padecen, y para quienes quieren entender, todo esto era evidente antes de Katrina. Lo que ella cambió fue que los medios, por una vez, estuvieron ahí mostrando lo que ocurría. Con su terrible gesto Katrina barrió y limpió las opacas pantallas.

De un modo gnómico los todavía innumerables muertos del golfo de México hablaron no en favor de, sino con los cientos de miles de iraquíes que murieron como consecuencia de la desastrosa y criminal guerra que ahí continúa. Una y otra vez, la prensa estadounidense mencionó juntos a Katrina e Iraq. Y con todo, Katrina obedeció las reglas. Pertenecía a las familiares condiciones climáticas que afectan al golfo mexicano. No estaba escondida en Afganistán. Y pese a su inmisericordia, no pertenecía a ningún Eje del Mal. Era simplemente una amenaza natural para las vidas y propiedades estadounidenses, en su camino a Luisiana.

Hacer frente a los retos que implicaba Katrina habría ido en favor de los propios intereses del presidente y sus colegas selectos (y de la nación), igual que prever las necesidades de sus víctimas y reducir tanto como fuera posible el dolor y el pánico resultantes. Si ellos (el gobierno) no fueron capaces de conseguirlo, no podrán culpar a nadie más: son los responsables. Hasta un niño se daría cuenta. Fracasaron rotundamente. Su fracaso fue técnico, político, emocional. «Son cosas que pasan», murmura Donald Rumsfeld.

¿Será posible que este gobierno esté loco? Ésa es mi pregunta ingenua. Esperen. Intentemos definir

esta variante de locura, porque tal vez nunca haya ocurrido antes. No tiene nada que ver con la locura de un Nerón que canta y toca la lira mientras arde Roma. Toda locura, sin embargo, implica una seria desconexión con la realidad o, para ser más precisos, con lo existente.

La variante de la que hablamos toca las relaciones entre el miedo y la confianza, entre ser amenazado y ser supremo. No hay negociación posible entre estos dos polos. Su «locura», entonces, opera como un obturador que instantáneamente apaga un polo y enciende el otro.

Y lo grave es que en los largos períodos de negociación entre el miedo y la confianza, es donde lo existente se analiza y observa en su multitudinaria complejidad. Es entonces cuando uno aprende algo acerca de lo que uno enfrenta. Una «locura» binaria excluye esta reflexión.

En el portaaviones *Abraham Lincoln*, el presidente Bush anunció hace dos años: «¡Misión cumplida en Iraq!».

De alguna manera esta aflicción binaria tiene su eco en los mecanismos de la bolsa de valores, donde sólo existe la posibilidad de comprar o vender, donde sólo operan dos polos —aguantar o pujar— y donde el resto de lo existente, el dónde o cómo existe, apenas afecta.

En Wall Street, los analistas financieros predicen un aumento en las ganancias de las corporaciones petroleras como resultado del desabastecimiento ocasionado por la catástrofe del golfo de México.

Cinco días después del impacto de Katrina, cuando por fin el presidente Bush visitó la devastada

ciudad, dejó mudos a los periodistas al decir: «No creo que nadie previera esa rotura de los diques».

El mismo día, en el pequeño poblado de Biloxi, un equipo se adelantó a la visita aérea del presidente y con presteza limpió los escombros y los cadáveres en la ruta que tomaría el cortejo. Dos horas después, el equipo se desvaneció, dejando el resto del pueblo tal como estaba. Apenas afecta el resto de lo existente.

Nos equivocamos en el diagnóstico si suponemos que esto es cinismo o mera dureza del alma. Sus visitas fueron una operación planeada como preludio a la aseveración: «Mostraremos al mundo, una vez más, que las peores adversidades sacan lo mejor de América». El obturador cambia de fase.

Los cálculos del actual gobierno estadounidense están íntimamente relacionados con los intereses globales de las corporaciones y con lo que se define como supervivencia de los más ricos, esos que también, constante y abruptamente, vacilan entre el miedo y la confianza.

El economista Grover Norquist, vocero de los intereses corporativos, y a quien Bush y compañía escuchan al planear sus reformas fiscales para beneficio de los pudientes, dijo: «No quiero abolir el gobierno. Simplemente quiero reducirlo al tamaño necesario para poder arrastrarlo al baño y ahogarlo en la tina».

Una ignorancia de casi todo lo que existe, y una abdicación de lo mínimo que puede esperarse de un gobierno. ¿No nos aproximamos a desconexiones que pueden considerarse locura cuando se presentan en quienes creen dominar el planeta?

Todos los líderes políticos especulan alguna vez con la verdad, pero aquí las desconexiones son siste-

máticas y les recortan algo no sólo a sus anuncios sino a sus cálculos estratégicos. De ahí su ineptitud. Su operación en Afganistán falló, su guerra en Iraq la ganó Irán (o al menos eso se dice). A Katrina se le dejó producir la peor catástrofe natural en la historia de Estados Unidos y las actividades terroristas aumentan.

Recibí en mi teléfono móvil un mensaje de texto de Orange. La propuesta era que si quería ayudar a los desamparados de Luisiana enviara la palabra FLOOD («inundación») a un número dado, y el equivalente de cinco dólares, descontables a mi cuenta, se transferiría de inmediato a la organización.

Ahora quisiera teclear más palabras que enviásemos entre todos nosotros: CNTO + EL PODER GLOBAL N LS MANOS INÚTILES D LS Q NADA SABEN?

Diez comunicados. Dónde hallar nuestro lugar
(junio de 2005)

1

Alguien pregunta: ¿sigues siendo marxista? Nunca antes ha sido tan extensa como hoy la devastación ocasionada por la búsqueda de la ganancia, según la define el capitalismo. Casi todo el mundo lo sabe. ¿Cómo es entonces posible no hacerle caso a Marx, que profetizó y analizó tal devastación? La respuesta sería que la gente, mucha gente, ha perdido sus coordenadas políticas. Sin mapa alguno, no sabe adónde se dirige.

2

Todos los días, la gente sigue señales que apuntan a algún sitio que no es su hogar, sino un destino al que decidió ir. Señales de carreteras, señales de embarque en algún aeropuerto, avisos en las terminales. Algunos hacen sus viajes por placer, otros por negocios, muchos motivados por la pérdida o la desesperación. Al llegar, terminan por darse cuenta de que no están en el sitio indicado por las señales que siguieron. Donde se hallan tiene la latitud, la longitud, el tiempo local y la moneda correctos, y no obstante no tiene la gravedad específica del destino que escogieron

Se hallan junto al sitio al que escogieron llegar, pero la distancia que los separa de éste es incalculable. Puede ser únicamente la anchura de una vía pública, puede estar a un mundo de distancia. El sitio ha perdido lo que lo convertía en un destino. Ha perdido su territorio de experiencia.

Algunos cuantos de estos viajeros emprenden un viaje privado, hallan el lugar que anhelaban alcanzar, que a veces es más rudo de lo que imaginaban, y lo descubren con alivio sin límites. Muchos nunca lo logran. Aceptan los signos que siguieron y es como si no viajaran, como si se quedaran siempre donde ya estaban.

3

Mes tras mes, millones abandonan su tierra natal. Se van porque no hay nada ahí, excepto su *todo*, que no ofrece lo suficiente para alimentar a sus niños. Alguna vez lo hizo. Ésta es la pobreza del nuevo capitalismo.

Después de largos y terribles viajes, después de experimentar la bajeza de la que otros son capaces, después de llegar y confiar en su obstinada e incomparable valentía propia, los emigrantes se encuentran esperando en alguna estación extranjera de tránsito, y entonces lo único que les queda de su continente natal es su ser mismo: sus manos, sus ojos, sus pies, hombros, cuerpos, lo que llevan puesto y aquello con lo que se cobijan por las noches para dormir, ansiando techo.

En algunas fotografías que tomó Anabell Guerrero en el albergue de la Cruz Roja para refugiados y emigrantes en Sangatte (cerca de Calais) tenemos un

testimonio de cómo los dedos del hombre son todo lo que queda de una parcela de tierra cultivada, sus palmas lo que queda del lecho de algún río; de cómo sus ojos son las reuniones familiares a las que no asistirá. El retrato de un continente emigrante.

4

«Voy bajando las escaleras de una estación de metro para tomar la línea B. Esto está hasta arriba de gente. ¿Dónde estás tú? ¿En serio? ¿Y qué tal tiempo hace? Me tengo que subir al tren, luego te llamo...»

De los miles de millones de conversaciones por telefonía móvil que ocurren cada hora en el centro y el extrarradio de las ciudades del mundo, la mayoría, sean privadas o de negocios, comienzan con una declaración del paradero o ubicación aproximada de quien llama. La gente necesita de inmediato identificar con precisión dónde se encuentra. Es como si los persiguiera la duda de que tal vez no estén en ninguna parte. Envueltos en tantas abstracciones, tienen que inventar y compartir su localización transitoria.

Hace más de treinta años, Guy Debord escribió de manera profética: «Así como la acumulación de bienes de consumo producidos masivamente para el espacio abstracto del mercado aplastó todas las barreras regionales y legales, y todas las restricciones corporativas de la Edad Media que mantenían la calidad de la producción artesanal, también destruyó la autonomía y la cualidad de los lugares».

El término clave del caos global actual es la dislocación, o la relocalización. Esto no se refiere úni-

camente a la práctica de mover la producción adondequiera que la mano de obra sea más barata y las regulaciones, mínimas. Contiene también el sueño demente de salirse de margen, propio del nuevo poder en funciones: el sueño de minar el estatus y confianza de todos los lugares fijos previos, de tal manera que el mundo entero sea un solo mercado fluido.

El consumidor es esencialmente alguien que se siente perdido (o a quien se le hace sentir perdido) a menos que consuma. Las marcas y logotipos de las mercancías son el sitio que nombra esa ninguna parte.

En el pasado, fue práctica común de quienes defendían su tierra natal contra los invasores el cambiar las señales de los caminos para que una que indicaba ZARAGOZA, apuntara en la dirección opuesta: hacia BURGOS. Hoy no son quienes se defienden sino los invasores extranjeros los que invierten los signos para confundir a las poblaciones locales, acerca de quién gobierna a quién, acerca de la naturaleza de la felicidad, del alcance del quebranto o de dónde ha de hallarse lo eterno. El propósito de estas direcciones falseadas es persuadir a la gente de que ser un cliente es la salvación última.

Sin embargo, a los clientes los define el sitio de su salida y su pago, no dónde viven y mueren.

5

Extensas áreas que alguna vez fueron lugares rurales las están convirtiendo en «zonas». Los detalles de este proceso varían según el continente —África, América Central o el sureste asiático—. El desmembramiento inicial, sin embargo, siempre proviene de otra

parte y lo efectúan los intereses corporativos que dan rienda suelta a su apetito de más y más acumulación, lo que significa apoderarse de los recursos naturales (peces en el lago Victoria, madera del Amazonas, petróleo dondequiera que haya, uranio de Gabón, etcétera), sin importarles a quién pertenezca la tierra o el agua. La explotación resultante pronto exige aeropuertos, bases militares y paramilitares para defender lo que se llevan, y la colaboración de los mafiosos locales. Pueden ocurrir entonces la guerra tribal o intercomunitaria, la hambruna y el genocidio.

La gente de tales «zonas» pierde todo sentido de residencia: los niños se vuelven huérfanos (aunque no lo sean), las mujeres se vuelven esclavas, los hombres, desesperados. Una vez que esto ocurre, restaurar sentido alguno de lo cotidiano lleva generaciones. Cada año tal acumulación prolonga esa ninguna parte, en tiempo y espacio.

6

Entretanto —y la resistencia política comienza con frecuencia en un entretanto— lo más importante de aprehender y recordar es que aquellos que se lucran del caos actual desinforman y desencaminan todo el tiempo con sus comentaristas incrustados en los medios. Sus declaraciones y todos los términos saqueados que tienen tanta costumbre de usar no deberían argumentarse. Deben ser rechazados y descartados. No llevan a nadie a ningún lado.

La tecnología de la información desarrollada por las corporaciones y sus ejércitos para poder domi-

nar su ninguna parte con más velocidad la usan otros como medio de comunicación a través del lugar de todos hacia el que luchan.

El escritor caribeño Édouard Glissant lo dice muy bien: «... para resistir la globalización no hay que negar la globalidad, sino imaginar que es la suma finita de todas las particularidades posibles y luego hacernos a la idea de que, mientras falte alguna particularidad, la globalidad no será lo que para nosotros debería ser».

Estamos estableciendo nuestros propios asideros, nombrando lugares, hallando poesía. Sí, en ese entretanto, debemos hallar la poesía. Dice Gareth Evans:

*mientras el ladrillo de la tarde guarda el calor
[rosa del viaje]*

*mientras la rosa germina un invernadero para
[respirar]
y florece como el viento*

*mientras los esbeltos abedules murmuran sus
[historias del viento a lo urgente]
en los camiones*

*mientras las hojas de los setos guardan la luz
que el momento pensó haber perdido*

*mientras el cuenco de su muñeca pulsa como
[el pecho de un gorrión en el aire ondulante]*

*mientras el coro de la tierra encuentra sus ojos
[en el cielo]
y los devela para uno y para otra en la rebosante
[oscuridad]*

cuida todo lo que amas

Su ninguna parte genera una conciencia del tiempo extraña, por no tener precedente. Tiempo digital. Continúa por siempre, ininterrumpido durante días y noches, las estaciones, el nacimiento y la muerte. Tan indiferente como el dinero. Aunque, siendo continuo, es brutalmente singular. Es el tiempo del presente guardado aparte del pasado y el futuro. En su interior sólo el presente tiene carga, los otros dos carecen de gravedad. El tiempo ya no es una matriz sino una única columna de unos y ceros. Un tiempo vertical sin nada que lo circunde, excepto la ausencia.

Lean unas cuantas páginas de Emily Dickinson y luego vayan a ver *Dogville* de Lars von Trier. En la poesía de Dickinson la presencia de lo eterno concurre en todas las pausas. Por el contrario, el film muestra inexorablemente lo que sucede cuando todo rastro de lo eterno es borrado de la vida cotidiana. Lo que pasa cuando todas las palabras y su lenguaje pleno se quedan sin sentido.

Con un presente único, dentro del digital, no puede hallarse ni establecerse localización alguna.

Tomaremos nuestras coordenadas de otro sistema temporal. Lo eterno, según Spinoza (que fue el filósofo más querido de Marx), es ahora. No es algo que nos aguarde, sino algo que encontramos durante esos breves y no obstante intemporales momentos donde todo enlaza con todo y ningún intercambio es inadecuado.

En *Hope In The Dark*, un apremiante libro de Rebecca Solnit, ella cita a la poeta sandinista Gioconda Belli cuando describe el momento en que en Nicaragua derrocaron a la dictadura de Somoza: «Dos días que fueron como si un encantamiento mágico ancestral nos hubiera cubierto, regresándonos al Génesis, al sitio exacto de la creación del mundo». El hecho de que Estados Unidos y sus mercenarios destruyeran después a los sandinistas no disminuye en medida alguna ese momento que existe en el pasado, el presente y el futuro.

A un kilómetro de distancia de donde escribo, hay un campo en el que pastan cuatro burros, dos hembras y dos burritos. Son de una especie particularmente pequeña. Cuando las madres aguzan sus orejas ribeteadas de negro, me llegan a la altura del mentón. Los burritos, de unas cuantas semanas de edad, son del tamaño de unos perros terrier grandes, con la

diferencia de que sus cabezas son casi tan grandes como sus costados.

Salto la valla y me siento en el campo apoyando la espalda en el tronco de un manzano. Ya tienen sus rutas propias por todo el campo y pasan por debajo de ramas tan bajas que yo tendría que ir a gatas. Me observan. Hay dos áreas en donde no hay pasto alguno, sólo tierra rojiza, y es en uno de estos anillos adonde vienen varias veces al día a rodar sobre su lomo. Primero las madres, luego los burritos. Éstos tienen ya una franja negra en los lomos.

Ahora se aproximan. Huelen a burros y a salvado —no es el olor de los caballos, que es más discreto—. Las madres rozan mi cabeza con sus quijadas. Son blancos sus hocicos. Alrededor de sus ojos hay moscas, mucho más agitadas que sus propias miradas interrogantes.

Cuando se ponen a la sombra en el lindero del bosque, las moscas se marchan y los burros pueden quedarse casi inmóviles durante media hora. El tiempo se ralentiza en la sombra del mediodía. Cuando uno de los burritos mama (la leche de burra es la más semejante a la humana), las orejas de la madre se echan atrás y apuntan hacia la cola.

Rodeado de los cuatro burros en la luz del día, mi atención se fija en sus patas, en las dieciséis. Son esbeltas, contundentes, contienen concentración, seguridad. (Las patas de los caballos parecen histéricas en comparación.) Éstas son patas para cruzar montañas que ningún caballo se atrevería a enfrentar, patas para soportar cargas inimaginables si se consideran tan sólo las rodillas, los remos, las cernejas, los jarretes, las canillas, los cuartos, las pezuñas. Patas de burro.

Deambulan, con la cabeza baja, pastando, mientras sus orejas no se pierden nada; los observo sin quitar ojo. En nuestros intercambios, tal como ocurren, en la compañía de mediodía que nos ofrecemos ellos y yo, hay un sustrato de algo que sólo puedo describir como gratitud. Cuatro burros en un campo, mes de junio, año 2005.

10

Sí, entre otras muchas cosas, sigo siendo marxista.

Una desesperación imbatible
(diciembre de 2005)

«Cómo es que sigo vivo. Les diría que estoy vivo porque hay una escasez temporal de muerte.» Esto se dice con un dejo de sonrisa que proviene del lado remoto de un anhelo de normalidad y vida ordinaria.

Adondequiera que vaya uno en Palestina —aun en las áreas rurales— se encuentra uno entre el escombro buscando un camino que lo cruce, le dé la vuelta o lo remonte. En un puesto de control, alrededor de unos invernaderos a los que ya no pueden llegar los camiones de carga, por cualquier calle, rumbo a cualquier encuentro.

El escombro proviene de las casas, los caminos y los detritos de la vida cotidiana. Casi no hay familia palestina a la que no hayan forzado a huir de alguna parte durante los últimos cincuenta años, como tampoco hay casi pueblos cuyos edificios no sean regularmente derruidos con *bulldozers* por el ejército de ocupación.

Está también el escombro de las palabras: palabras hechas ruinas que no alojan nada más, pues su sentido está destruido. Por ejemplo, la Fuerza de Defensa Israelí (FDI, como llaman al ejército israelí) se ha convertido de facto en un ejército de conquista. Sergio Yahni, uno de los valerosos y alentadores *refusniks* israelíes (así llamados porque rehúsan servir en el ejército), escribe: «Este ejército no existe para brindarles seguridad a los ciudadanos de Israel: existe para ga-

rantizar la continuación del despojo de la tierra palestina».

También está el escombro de aquellas palabras sobrias y plenas de principios que son ignoradas. Las resoluciones de Naciones Unidas y la Corte Internacional de Justicia en La Haya han condenado la construcción de los asentamientos israelíes en territorio palestino (hay ahora casi medio millón de «colonos») y la construcción de una «valla de separación» que en realidad es un muro de hormigón de ocho metros de altura. Y no obstante, la Ocupación y el Muro continúan. El estrangulamiento que el FDI tiende sobre los territorios se aprieta mes tras mes. Es un estrangulamiento geográfico, económico, cívico y militar.

Todo esto es evidente; no ocurre en algún remoto rincón del globo trabado por la guerra, todas las oficinas de relaciones exteriores de cada una de las naciones ricas observan y nadie toma medidas para desalentar las ilegalidades. «Para nosotros —dice una madre palestina en un punto de control después de que un soldado del FDI lanzara una granada de gas lacrimógeno tras ella—, para nosotros el silencio de Occidente es peor —y con su rostro señala el camión blindado— que sus balas».

Tal vez una constante a lo largo de la historia es la brecha entre los principios declarados y la *realpolitik*. Es frecuente que las declaraciones sean grandilocuentes. Aquí, sin embargo, ocurre lo contrario. Las palabras son mucho más pequeñas que los acontecimientos. Lo que ocurre es la destrucción detallada de un pueblo y una nación prometida. Y en torno a esta destrucción hay palabras menores y un silencio evasivo.

Para los palestinos, permanece sin merma una palabra: Nakbah, que significa Catástrofe, y se refiere al éxodo forzado de setecientos mil palestinos en 1948. «El nuestro es un país de palabras. Hablar. Hablar. Déjenme descansar mi camino contra una piedra», escribió el poeta Mahmoud Darwish. Nakbah se volvió un nombre que comparten cuatro generaciones, y perdura tan persistente porque Israel y Occidente siguen sin reconocer la operación de «limpieza étnica» que nombra. El valiente trabajo de los sobresalientes (y perseguidos) nuevos historiadores israelíes —como Ilan Pappé— es de vital importancia en este contexto porque puede conducir eventualmente a un reconocimiento oficial, y esto retornaría el nombre fatal a su ser de palabra, por más trágica que ésta sea.

Aquí hay una familiaridad con toda suerte de escombros, incluido el escombro de las palabras.

Uno tiende a olvidar la escala geográfica de la tragedia en cuestión: su escala se ha vuelto parte de la tragedia. Las Franjas de Cisjordania y Gaza juntas son más pequeñas que Creta (la isla de la que pudieron haber llegado los palestinos en la prehistoria). Tres millones y medio de personas, seis veces más que en Creta, viven aquí. Y sistemáticamente el área se reduce día a día. Los poblados se colman más y más y el campo queda más cercado e inaccesible dentro de las alambradas.

Los asentamientos se extienden o se emprenden nuevos. Las autopistas especiales para los colonos, prohibidas para los palestinos, transforman los antiguos caminos en callejones sin salida. Los puntos de revi-

sión y los tortuosos controles de identificación han reducido seriamente la posibilidad de que los palestinos viajen o incluso planeen viajar dentro de lo que aún queda de sus propios territorios. Muchos no pueden ir más allá de veinte kilómetros en cualquier dirección.

El Muro encierra, corta rincones (cuando se termine habrá escamoteado cerca del diez por ciento de lo que queda de la tierra palestina), fragmenta el ámbito rural y separa a los palestinos de los palestinos. Su propósito es partir Creta en unas doce isletas. El propósito del mazo lo culminan los *bulldozers*.

«No queda nada para nosotros en la espesura sino lo que la espesura conservó para sí misma.» (Mahmoud Darwish)

Aquí, la desesperación sin miedo, sin resignación, sin un sentido de la derrota, logra una postura moral hacia el mundo como yo no había visto antes. Puede expresarse de algún modo en el joven que se une a la yihad islamista, en la vieja que recuerda y balbucea entre los huecos de sus pocos dientes, o en la sonrisa de una niña de once años que envuelve en su pañuelo una promesa para esconderla de la desesperanza...

Y esta postura moral, como usted la llama, ¿cómo funciona?

Escuchen...

Tres niños se acuclillan y juegan a las canicas en una esquina de algún callejón dentro del campamento de refugiados. En este campamento muchos vinieron de Haifa. La destreza con que los niños tiran la canica con el pulgar, mientras el resto de su cuerpo permanece inmóvil, no deja de estar conectada con la familiaridad que tienen con los espacios apretujados.

Tres metros más allá en el callejón, que es más angosto que el pasillo de algún hotel, hay una tienda que vende piezas usadas de bicicleta. Todos los manubrios cuelgan de un tubo, todas las ruedas traseras de otro, los asientos de un tercero. Si no fuera por este arreglo, las piezas parecerían basura invendible. Pero así, se venden.

En la pared de un edificio bajo, con puerta de metal, al otro lado de la tienda de bicicletas, se lee: «Del vientre del campamento nace una revolución todos los días». Un maestro de escuela vive ahí, tras la puerta de metal, con su hermana. Señala el piso de otro cuarto que tiene las dimensiones de dos tinas de baño. El techo y las paredes están derrumbadas. «Ése es el cuarto donde yo nací», dice.

Regresamos a su sala de estar. El profesor señala una foto con marco dorado que cuelga del muro junto al retrato oficial de Arafat envuelto en su *kufiyah*. «La foto enmarcada que está ahí es mi padre, de joven, y la tomaron en Haifa. Un colega me dijo alguna vez que se parece a Pasternak, el poeta ruso, ¿qué piensa usted?» (Se parece.) «Tuvo una afición cardiaca y la Nakbah lo mató. Murió en este mismo cuarto cuando yo tenía doce años.»

En el extremo distante del edificio con puerta metálica, justo enfrente de la tienda de partes usadas de bicicleta, a ocho pasos de donde los niños juegan a las canicas en un rincón, hay un metro cuadrado de tierra abierta donde crece una mata de jazmines. Tiene tan sólo dos flores blancas, porque es noviembre. Rodeando la raíz, se alinean unas doce botellas de plástico, de agua mineral, vacías, desperdicio del callejón. Por lo menos el sesenta por ciento de los habi-

tantes del campamento son desempleados. Estos campos son verdaderas favelas.

Cuando algunos tienen la oportunidad de abandonar el campamento y cruzar los escombros hacia algún acomodo un poquito mejor, puede ocurrir que la rechacen y decidan quedarse. En el campamento son un miembro, como los dedos, de un cuerpo interminable. Mudarse supondría una amputación. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

Escuchen...

Los olivos situados en la terraza más alta parecen desgreñados; los enveses plateados de sus hojas son más visibles que de costumbre. Es porque ayer recogieron las aceitunas. El año pasado la cosecha fue pobre, los árboles se cansaron. Este año es mejor. A juzgar por su diámetro, los árboles deben de tener tres o cuatro siglos de antigüedad. Las terrazas de caliza seca son tal vez más antiguas.

Unos dos kilómetros más hacia el oeste y el sur hay dos asentamientos construidos recientemente. De dimensiones regulares, compactos, urbanos, son impenetrables (los colonos viajan a diario a trabajar en Israel). Ninguno de estos asentamientos parece una comunidad, son más como un enorme jeep, tan grandes en su piso que pueden alojar confortablemente a doscientos colonos armados. Ambos asentamientos son ilegales, ambos están construidos sobre colinas, ambos tienen torretas de vigilancia más esbeltas que el minarete de una mezquita. Su mensaje virtual al medio rural circundante es: «Manos arriba de la cabeza, sobre la cabeza les digo, y caminen despacio hacia atrás».

Levantar hacia el oeste el asentamiento y el camino que conduce a él implicó derribar varios cientos de olivos. Los hombres que trabajaron en el sitio eran en su mayoría palestinos sin empleo. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

Las familias, que recogieron aceitunas ayer, vienen de una comunidad dispersa en el valle, entre los dos asentamientos, y su población es de unos tres mil habitantes. Veinte hombres de la comunidad están en prisiones israelíes. A uno lo soltaron hace dos días. Varios de los jóvenes se acaban de unir a Hamás. Muchos más votarán por Hamás en enero próximo. Todos los niños tienen pistolas de juguete. Todas las abuelas jóvenes, pese a preguntarse qué quedó de las promesas que alguna vez albergaron, aprueban con un gesto lo que hacen sus hijos, sus nueras, sus sobrinos, y se preocupan todas las noches. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

La Mukata, el cuartel general de Arafat en la capital palestina de Ramala, era un gigantesco erial de escombros hace tres años cuando los tanques y la artillería del FDI lo mantenían como rehén. Hoy, a un año de su muerte, los palestinos limpiaron el escombro —algunos arguyen que debieron dejarlo así, como monumento histórico— y el cuadrilátero interior está ahora tan parejo como una plancha de cemento para maniobras y ejercicio. En su lado poniente, a ras del suelo, hay una austera lápida que marca la tumba de Arafat. Sobre ella, hay un techo parecido al de la plataforma de una pequeña estación de trenes.

Cualquiera puede llegar hasta ahí, cruzando los muros resquebrajados bajo las guirnaldas de alambre de púas. Dos centinelas están de guardia junto a la lápida. Ningún jefe de Estado ha tenido una última morada tan reticente a desaparecer que parecería reivindicar su presencia ahí contra todo pronóstico.

Si uno se detiene a los pies de la lápida en la puesta del sol, su resplandor es el de un silencio. Se le apodaba la Catástrofe Andante. ¿Son siempre puros los líderes amados? ¿No están siempre llenos de fallas, no debilidades sino fallas flagrantes? ¿Será ésta una condición para ser un líder amado? Bajo su liderazgo, la Organización para la Liberación de Palestina contribuyó también, en ocasiones, al escombro de palabras. Pero a las fallas de Arafat les metían, cual si fueran notas en un bolsillo, todos los males que su país sufriera. Y él asumió y cargó con todos esos males, y el dolor encontró un hogar, un hogar doloroso, en sus fallas. No es la pureza ni la fuerza lo que logra una lealtad siempre viva, sino lo imperfecto, como cada uno de nosotros es imperfecto. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

El poblado de Qalqilya, al noroeste (con una población de cincuenta mil personas), está totalmente cercado por diecisiete kilómetros de Muro, con una sola salida. La que alguna vez fuera la bulliciosa calle principal termina ahora en la tierra de nadie del Muro. En consecuencia, la magra economía del poblado está en ruinas. Un jardinero del mercado empuja su carretilla con plantas que distribuye antes del próximo invierno. Hasta antes de que se alzara el Muro tenía doce

trabajadores. (El noventa y cinco por ciento de los negocios palestinos tiene cuando mucho cinco.) Hoy no emplea a nadie. Las ventas de sus plantas —toda vez que el poblado está cercenado de todo— se han reducido en un noventa por ciento. Hoy tira las semillas de sus flores de licnis en vez de guardarlas. Sus grandes manos se vuelven pesadas al admitir que tal vez ya no tienen nada que hacer aquí.

Es difícil transmitir cómo se mira el Muro en los sitios en que cruza la tierra donde no hay nadie. Pero es lo opuesto al escombro. Es burocrático —cuidadosamente planeado mediante mapas electrónicos—, prefabricado y preventivo. Su propósito es evitar la creación de un Estado palestino. Es el propósito del mazo. Desde que comenzó a construirse hace tres años, no ha habido una reducción en el número de ataques kamikazes. Parados frente a él, se tiene la sensación de ser tan pequeños como una colilla de cigarro. (Excepto durante el Ramadán, los palestinos fuman mucho.) Y no obstante, no parece algo definitivo, tan sólo insalvable.

Cuando esté terminado, tendrá seiscientos cuarenta kilómetros y será la cara inexpresiva de la iniquidad. Por ahora tiene doscientos diez kilómetros de largo. Esta iniquidad es la que se tiende entre aquellos que cuentan con todo el arsenal de la más nueva tecnología militar para defender lo que creen que son sus intereses (helicópteros Apache, F-16, tanques Merkava, etcétera) y aquellos que no tienen nada salvo sus nombres y una convicción compartida de que la justicia es axiomática. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

Podría decirse que el Muro pertenece a esa misma lógica represiva y miope que impulsa el *boom* sóni-

co, un bombardeo al que los habitantes de Gaza son sometidos todas las noches, aun mientras escribo esto. Los jets de combate se lanzan a muy baja altura y a toda velocidad, rompiendo la barrera del sonido y los nervios de quienes se acurrucan sin poder dormir bajo el cobijo de su axioma. Pero esa lógica no funcionará.

Tal superioridad en la capacidad de fuego desalienta cualquier estrategia inteligente: pensar estratégicamente es ser capaces de imaginarnos en el lugar de nuestros oponentes, y su sentido de superioridad habitual les impide hacer esto.

Escalen a uno de los *jabals* y miren abajo, hacia el Muro, más allá de las burdas divisiones geométricas que se tienden al horizonte sur. ¿Vieron el pájaro abubilla? A largo plazo el Muro parece provisional.

Hay ocho mil prisioneros políticos en las cárceles de Israel, trescientos cincuenta de los cuales tienen menos de dieciocho años de edad. Un período en prisión se ha vuelto una fase normal que tiene que sufrirse, una o muchas veces, en la vida de un hombre. Arrojar piedras puede conducir a una sentencia de dos años y medio o más.

«La prisión para nosotros es una suerte de educación, una extraña suerte de universidad.» El hombre que habla lleva gafas, tiene como cincuenta años y está vestido con un traje propio de un almuerzo de negocios. «Uno aprende cómo aprender ahí dentro.» Es el más joven de cinco hermanos e importa máquinas para preparar café. «Uno aprende cómo luchar juntos y volvemos inseparables. Ciertas condiciones han mejorado en los últimos cuarenta años, y mejoraron gra-

cias a nosotros y nuestras huelgas de hambre. Lo más que yo aguanté fueron veinte días. Obtuvo un cuarto de hora más de tiempo para hacer ejercicio diario. En las prisiones de largas condenas, solían tapar las ventanas para que no hubiera luz de sol en las celdas. Conseguimos que nos devolvieran el sol. Hicimos que nos quitaran un cacheo corporal en la rutina diaria. Aparte de eso leemos y discutimos lo que leemos, nos enseñamos unos a otros diferentes lenguajes. Y llegamos a conocer a ciertos soldados y a ciertos guardias. En las calles es el lenguaje de las balas y las piedras lo que intercambiamos. Adentro es diferente. Ellos están en prisión tanto como nosotros. La diferencia es que nosotros creemos en lo que nos llevó ahí adentro, y ellos, casi ninguno cree, únicamente están ahí para ganarse la vida. Sé de algunas amistades que así comenzaron.»

La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

El desierto de Judea entre Jerusalén y Jericó es de piedra arenisca, no de arena, y abunda en precipicios; no es plano. En la primavera, algunas partes se cubren de pasto silvestre y las cabras de los beduinos se alimentan de éste. Más tarde durante el año sólo hay amontonamientos de arbustos de cambronera.

Si uno contempla este desierto, descubre rápidamente que es un paisaje cuya mirada se dirige totalmente hacia el cielo. Es una cuestión de geología, no de historia bíblica. Es así porque cuelga del cielo como una hamaca. Y cuando hay mucho viento se tuerce como una sábana ondulante.

El resultado es que el cielo parece más sustancial, más urgente, que la tierra. Una espina de puercoespín aterriza a mis pies traída por el viento. No sorprende que cientos de profetas, incluidos los más grandes, nutrieran sus visiones aquí.

La luz agoniza y un rebaño de doscientas cabras, con su pastor beduino montado en una mula y con su perro, hacen su descenso vespertino al campamento, donde hay agua potable y algo de grano extra que comer. Los cardos y las raíces rizomáticas ofrecen poco alimento en esta época del año.

La dificultad con los profetas y sus profecías finales es que tienden a ignorar lo que sigue inmediatamente a las acciones, ignoran las consecuencias. Para ellos, las acciones, en vez de ser instrumentales, se vuelven simbólicas. Puede ocurrir que las profecías occasionen que la gente ya no mire lo que el tiempo contiene.

La familia beduina de allá abajo vive en dos edificios abandonados, no lejos de un acueducto romano. En esta hora del día la madre estará cociendo pan plano, pan diario, en una piedra caliente. Siete de sus hijos, que nacieron aquí, trabajan con el rebaño. Recientemente, el FDI informó a la familia de que se tienen que ir para la primavera. «Manos arriba de la cabeza y caminen hacia atrás.» Todas las cabras hembras están preñadas. Es un período de cinco meses de gestación. «Ya veremos qué hacer llegado el momento», dice uno de los hijos. La postura moral de estar desesperados pero no rendirse funciona así.

Una renuencia a ver las consecuencias inmediatas. Por ejemplo, el Muro y la anexión de más tierra palestina no pueden prometer seguridad al Estado de Israel, pues reclutan mártires.

Por ejemplo, si los mártires kamikazes pudieran ver con sus propios ojos, antes de morir, él o ella, las consecuencias inmediatas de su explosión, tal vez reconsiderarían la pertinencia de su decisión heroica.

El maldito futuro de las profecías que lo ignoran todo salvo el momento final.

En la postura moral que insisto en referir hay algo especial, una cualidad para la que ningún vocabulario posmoderno o político puede hallar un término. Tal cualidad es un modo de compartir que desarma la crucial pregunta: ¿por qué nacimos a esta vida?

Éste es un modo de compartir que responde a la cuestión, y la desactiva, sin hacer promesas, sin brindar consuelo o jurar venganza; éstas son formas de la retórica propias de los pequeños o los grandes líderes que hacen la Historia. Su respuesta desarma la cuestión pese a la historia, ya que es una respuesta breve, breve pero perpetua. Uno nació a esta vida para compartir el tiempo que reiteradamente existe entre los momentos: el tiempo del devenir antes de que el ser, una vez más, se arriesgue a confrontar la desesperación pero sin rendirse.

Un otro lado del deseo
(junio de 2002)

Hallé una isla en tus brazos,
un país en tus ojos,
brazos que encadenan, ojos que se tienden.
Abrámonos paso hacia el otro lado.

JIM MORRISON

El deseo. El deseo erótico. *Erótico* es mejor adjetivo que *sexual*, pues es menos reduccionista.

Cuando el deseo es recíproco (entre dos), las nociones de lujuria o incluso de libido se tornan obsoletas porque, por definición, éstas son singulares, no mutuas.

La energía inicial de un deseo así proviene, por supuesto, de la necesidad biológica de reproducirnos. El deseo es también una invitación a, y un esperar, placeres imaginados. Lo que se inicia como deseo erótico puede traducirse súbitamente en el deseo de tener y poseer. El contenido social del deseo es, de hecho, la posesión, y es por eso que en el teatro el deseo irrefrenable nunca es ajeno al conflicto o a la tragedia.

La fuerza potencial del deseo es proverbial en toda cultura. Tal vez porque la conciencia de ser deseados nos confiere un sentido único de invulnerabilidad, cuando este sentido se multiplica por dos se puede arriesgar casi cualquier cosa.

El deseo comienza pronto y continúa hasta tarde. Puede ocurrir en todas las edades entre, digamos, los cinco y los ochenta. La edad puede tener efectos

sobre las prioridades del deseo. Y empero, estas prioridades no son nunca estándares o uniformes. Cualquier deseo se conforma de una multitud de ofrecimientos y anhelos, y, finalmente, habrá tantas variedades de deseo como encuentros eróticos.

No obstante hay ingredientes comunes, y lo que yo llamo un otro lado del deseo está, creo, presente en todo deseo, aunque pueda variar el grado de su importancia o la posibilidad de su reconocimiento. En las sociedades de consumo este ingrediente (la reciprocidad) se reconoce poco a nivel público, excepto en el rock, donde con frecuencia es central.

*Siempre habrá sufrimiento
fluye por la vida como el agua
pongo mi mano sobre su mano
en la enramada de limoneros.*

NICK CAVE

Cuando es recíproco, el deseo es una trama, urdida por dos, y enfrenta o desafía todas las otras tramas que determinan el mundo. Es una conspiración de dos.

El propósito es ofrecerle al otro un respiro que aplace el dolor del mundo. No la felicidad (!), pero sí un respiro que alivie al cuerpo del riesgo enorme de sufrir dolor.

En todo deseo hay compasión y hay apetito; ambos, no importa su proporción relativa, se entrelazan. El deseo es inconcebible sin una herida.

Si hubiera seres sin heridas en este mundo, vivirían sin deseo.

Entonces, esta conspiración intenta crear, juntos, un lugar, un *locus*, de exención, necesariamente

momentáneo, que nos libre de la lastimadura sin sosiego de la cual la carne es heredera.

El cuerpo humano contiene arrojo, gracia, juego-teo, dignidad y otras incontables sutilezas, pero también es intrínsecamente trágico, como no lo es el cuerpo de animal alguno. (Ningún animal está desnudo.) El deseo anhela escudar el cuerpo deseado de la tragedia que aloja y, lo que es más, cree que puede. Ésta es su fe.

Como es natural, no hay altruismo en el deseo. Ofrecer escudo, conferir salvedad, se logra en el ofrecimiento de todo el ser, física e imaginativamente, pero desde el inicio dos cuerpos se involucran y así la salvedad, cuando se logra, si se logra, los cubre a ambos. Ésta tiende a ser breve y no obstante lo promete todo, por eso logra abolir la brevedad; y junto con ella las lesiones asociadas a la amenaza de lo breve.

Si lo observa una tercera persona, el deseo es un paréntesis corto; si se experimenta desde dentro, es algo trascendental. En ambos casos, sin embargo, la vida cotidiana continúa en su entorno, antes y después.

El deseo promete librarnos. Empero, eximirnos del orden natural existente equivale a desaparecer. Y es eso justo lo que el deseo propone en su punto de mayor éx^rasis: desvanezcámonos.

*Mientras sube la marea
(y) cada uno rememora
llevó al vacío de mi sombra
destellos de ti.
El viento los llevará
cuando todo se desvanezca
el viento nos llevará.*

NOIR DÉSIR

La desaparición de los amantes no puede considerarse una evasión, un vuelo; es más un viraje a otra parte: la entrada en una plenitud. Comúnmente se piensa en la plenitud como acumulación. El deseo insiste en que es un regalarse: la plenitud de un silencio, una oscuridad donde todo está en paz. De algún modo pienso en un sueño antiguo, la leyenda del vellisco de oro. (Éste permitió que Frixo y Hele se libraran de un sacrificio.) A nivel simbólico representa tanto la inocencia como la sabiduría. Reposa tendido en su refugio, rizado, intacto, completo, sin que nadie lo rinda.

Una vez compartida y experimentada, la salvedad que ya no exime permanece inolvidable, y las desapariciones semejan ser más reales, más precisas que lo aparente o lo legible.

Las sirenas ululan calle abajo. Mientras estés en mis brazos, nada podrá hacerte daño.

Mirando cuidadosamente. Tres mujeres fotógrafas (2005-2006)

Anabell Guerrero, Caracas, Venezuela, 1958

Un individuo, con la ropa que lleva puesta, puede considerarse un continente. Y esto en dos sentidos, el primero privado y el segundo histórico.

Para quien comparte la intimidad de una persona, su presencia física puede ser tan vasta y extensa como un continente. Para todos nosotros el primer continente es la Madre. En lo profundo, la ropa tendida es más una bandera que casi todas las banderas nacionales.

Si asumimos una perspectiva mundial, el fenómeno más significativo del momento histórico que vivimos es la magnitud de las emigraciones forzadas que ocurren.

Digo forzadas, aunque se decidan a nivel personal, porque la pobreza devasta más ampliamente que cualquier ejército invasor. Mes tras mes millones abandonan su tierra natal. Se van porque no hay nada ahí, excepto su *todo*, que no ofrece lo suficiente para alimentar a sus niños. Alguna vez lo hizo. Ésta es la pobreza de las décadas recientes.

Después de largos y terribles viajes, después de experimentar la bajeza de la que otros son capaces, después de llegar y confiar en su obstinada e incomparable valentía propia, los emigrantes se encuentran esperando en alguna estación extranjera de tránsito, y entonces lo único que les queda de su continente

natal es su ser mismo: sus manos, sus ojos, sus pies, hombros, cuerpos, lo que llevan puesto y aquello con lo que se cobijan por las noches para dormir, ansiando techo.

En las fotografías de Anabell Guerrero, tomadas en el albergue de la Cruz Roja en Sangatte (en un sueño el lugar podría llamarse Sanglotte, «solozo»), cerca de Calais y del túnel del Canal de la Mancha, los acercamientos fotográficos son, vez tras vez, un reconocimiento de tales continentes, sin retórica ni dramatismo, pero con respeto. Las manos se convierten en tierra arada, una pierna en camino, una frente en hogar, una cobija en campo, un ojo en delta.

Pese a su impresionante y extenso trabajo anterior, Anabell es fotógrafa sólo en última instancia. En estas fotos ella es primero niña, costurera, abuela, bordadora, amante, la que brinda un lugar donde esconderse y presta su teléfono móvil, la que sabe mirar en los ojos de otros de tal manera que esos otros escuchen la palabra *héroe* dirigida a ellos en sus propios idiomas y dialectos, sin que ella haya abierto la boca. Entonces, en última instancia, con la velocidad de un gesto ritual aprendido hace mucho tiempo, ella hace sus retratos, extrañamente intrépidos.

Por orden de los gobiernos francés y británico, el albergue de Sangatte fue clausurado. Se decidió hacerlo porque, entre otras consideraciones, el sitio y aquellos que estaban ahí se estaban volviendo demasiado visibles. Hoy únicamente permanece la maternal insistencia de estas fotografías cotidianas. Sin embargo, en ellas la ternura es inseparable de una determinación irreprimible, y Sangatte y los destinos que al-

bergaba serán recordados, pese a las autoridades. Todo, Madre, continúa...

Ahlam Shibli, Arab al Shibli, Galilea, 1970

Antes que nada, distinguir entre ser simple y simplificar. *Simple* tiene que ver con reducir o ser reducido a lo esencial. Mientras que la simplificación es usualmente parte de una maniobra en alguna lucha por el poder. Las simplificaciones sirven a quien las hace. La mayoría de los líderes políticos simplifica, mientras que aquellos que no tienen poder reaccionan simplemente a lo que ocurre. Con frecuencia hay un abismo entre ambas actitudes.

Ahora miremos las fotografías de Ahlam Shibli, sin hacer simplificaciones. Éstas ofrecen, entre otras cosas, una lección política y son, en este sentido, ejemplares. Pero eso lo abordaremos más adelante. Ella llama *Rastreadores* a su secuencia de fotos, lo cual requiere una explicación.

En el Estado de Israel, existe hoy un millón de palestinos que viven con papeles oficiales, como ciudadanos marginados. Los medios los describen como árabe-israelíes. Nunca se refieren a ellos como palestinos. Entre los árabe-israelíes hay familias beduinas.

De entre estas familias, algunos cuantos hombres —menos de cien al año— entran como voluntarios al ejército israelí, donde serán entrenados y usados como exploradores militares, y son conocidos como rastreadores. Estos rastreadores, exclusivamente «árabe-israelíes», ejecutan gran parte del peligroso trabajo

militar de reconocimiento en el terreno. Es a ellos a quienes envían por delante, siempre que el comando reconoce que puede haber resistencia, para limpiar el terreno de minas, francotiradores o posibles emboscadas. De inicio, los rastreadores entran juntos, en grupos de veinte o treinta personas. Una vez entrenados, se les separa y se les asigna solos a unidades de la Fuerza de Defensa Israelí, o FDI como el ejército se llama a sí mismo.

Después de tres años de servicio, un rastreador puede volver a unirse voluntariamente y ser soldado profesional, con lo cual será mucho mejor pagado. El comando del FDI acepta únicamente un pequeño número de tales voluntarios. Los rastreadores profesionales tienen una ventaja natural sobre los soldados israelíes por su familiaridad con las costumbres, los hábitos y los cálculos locales.

Los retratos de Ahlam Shibli son discretos, evasivos y persistentes. Contienen la mínima información general posible y nunca comunican los incidentes o sucesos. Uno tiene la impresión de que cada una de sus fotos fue tomada justo después de que ocurriera algo. No porque Shibli sea muy lenta, sino porque lo que a ella le interesa es lo afectivo. Los sucesos como tales no le conciernen (por lo menos en este proyecto); es el impacto de un evento en la vida lo que la mueve. Y como tal está preparada para esperar.

Shibli observa el entrenamiento militar, a los rastreadores en sus días libres, un cementerio con tumbas de soldados, el juramento de lealtad al FDI pronunciado sobre el Corán, el interior de una casa con retratos de familia en las paredes, las nuevas casas que lentamente se construyen gracias a la paga de soldados

profesionales que ganan los rastreadores. Y cada uno de estos escenarios conduce astutamente a una interrogante: ¿con respecto a qué o a dónde tienen ellos un sentido de pertenencia?

Nunca hay nadie en la foto que nos diga qué ocurría justo antes de ser tomada. Todo cuanto podemos hacer es mirar a los participantes que permanecen en ella, adivinar luego nosotros y, como Shibli, esperar. El efecto de toda la serie (ochenta y cinco fotos) es acumulativo. Se entrelazan juntas como un todo. Pero ¿qué es lo que suma ese todo?

Para los beduinos, el asunto del hogar y lo que lo constituye están trenzados como una soga. Tradicionalmente son un pueblo nómada. Hace dos o tres generaciones, en el Sinaí en particular, muchas familias beduinas se hicieron sedentarias, aunque la tierra donde se asentaron pertenecía a alguien, y no tenían sobre ella ni los más mínimos derechos. Una situación confusa donde los recuerdos atávicos tal vez juegan un papel. Para los nómadas, el hogar no es una dirección, el hogar es lo que cargan con ellos.

¿Qué es lo que cargan los rastreadores?

Ahlam Shibli está en busca del alma. No obstante, evita el sentimentalismo y nunca va tras una confesión. Mira con paciencia desde una orilla. Uno podría decir que es una narradora, pero esto sería simplificar lo que ella eligió como su papel. (Hay grandes narradores fotográficos; André Kertész, por ejemplo.) Yo diría que Ahlam Shibli es una adivinadora. Observa intensamente, lee los signos, adivina y profiere un profecía que, como la de un augur, es aguda y poco clara; como en el juego de cartas, tiende las probabilidades, pero no selecciona una.

Seleccionemos tres. En la primera, tres rastreadores, a cubierto, hacen un descanso, y uno de ellos escribe algo en una pared pública. En la segunda, un hombre duerme durante el día, y se ha puesto una toalla para taparse la cara. En la tercera están las fotos que un rastreador, viéndose a sí mismo como guerrero del FDI, enmarcó en la pared de su casa, junto a un viejo mapa de Palestina.

En cada una, expresado de manera diferente, está el mismo dilema entre la identidad y su ubicación.

¿Qué es lo que cargan?

Tradicionalmente, y a través de los siglos, los clanes beduinos nómadas ofrecieron sus servicios a cualquier fuerza invasora —fuera egipcia, turca, británica— siempre que se daban cuenta de que pese a todas sus habilidades guerrilleras, quedaban no obstante sometidos. Sin embargo, hicieron esto para evitar que los desbandaran y con el fin de mantenerse independientes, indisputables en sus propios y casi inexpugnables territorios. Fue ésta una sagaz estrategia en pos de continuidad y con frecuencia les dio resultado.

Hoy las circunstancias de los beduinos «israelíes» son muy diferentes. Los han perseguido hasta expulsarlos de su tierra y los han despojado de sus medios económicos de supervivencia. En su propio desierto de Negev los han tratado como intrusos criminales, y helicópteros del FDI han rociado sus cultivos con herbicidas.

Para entender lo que a fin de cuentas significa esto, debemos considerar lo extremo de la situación palestina en general. El conflicto palestino-israelí dura

ya cerca de sesenta años. La ocupación militar de Palestina —la más larga en la historia— dura ya cerca de cuarenta años. Es casi innecesario repetir todos los hechos que entraña esta ocupación, puesto que internacionalmente se han reconocido y condenado.

Lo que con frecuencia se olvida acerca de este conflicto que continúa —porque los palestinos siguen resistiendo— es la disparidad, la desigualdad de medios, sean de poder de fuego o de defensa.

Tal disparidad de recursos y armas nos hace recordar las guerras de liberación anticolonial de mediados del siglo XX, y si queremos entender el dilema de los rastreadores lo mejor que podemos hacer es consultar los escritos de Frantz Fanon, quien fuera un profeta visionario de esas luchas. Al final de *Piel negra, máscaras blancas*, escribe: «En la conclusión de este estudio, quiero que el mundo reconozca, conmigo, la puerta abierta de toda conciencia». Al escribir de sus rastreadores, Ahlam Shibli se refiere con frecuencia a Frantz Fanon.

Como médico y psiquiatra de Martinica que trabajaba en Argelia, Fanon explicó cómo la dominación colonial, cómo la disparidad de medios entre el invasor y el indígena, cómo el desprecio labrado en cada encuentro entre los armados y los desarmados, además de producir la revuelta, pueden también conducir a un enorme tajo en aquellas lealtades que mantienen el sentido de ser de una persona. Y esto ocurre con mayor frecuencia y con heridas más profundas entre los más pobres y los más desposeídos de todos los pisoteados.

Una imagen puede ayudar a clarificar esto con mayor detalle. Consideren el síndrome opuesto, aquel del megalómano. Todo encuentro con otra persona

funciona para el megalómano como un espejo frontal donde se ve a sí mismo reflejado y engalanado en su propia gloria. Para el colonizado, aquel que ha perdido su sentido propio de ser, todo encuentro es un espejo donde no contempla sino su propia *djellaba*, su toga tradicional, manchada. Ninguno de estos dos espejos permite ver al otro tal como ella o él son en realidad. Y así ocurre que el colonizado, buscando dissociarse de aquella *djellaba* manchada, sueña con usar el uniforme o cargar la bandera de su opresor. No de su enemigo, de su opresor.

Los beduinos se cuentan entre los más desposeídos de los palestinos y han perdido, casi totalmente, su libertad nómada y el orgullo que ésta conlleva. Así que puede ocurrir, como Fanon previó, que se escindan en dos, y al rasgarse, usen la máscara de sus opresores. Muchos cambian sus nombres de Ahmed a José, de Mohammed a Moshe. Y no obstante, al hacer esto, los rastreadores no reencuentran sus propios cuerpos, esos nobles cuerpos que son calumniados por la falsa imagen de la *djellaba* sucia.

¿Qué sueña el hombre que se tapa la cara con la toalla? Uno nunca puede adivinar lo que alguien más sueña. Y no obstante, tal vez él tampoco pueda adivinar lo que le dice su propio sueño.

Algo así es lo que cargan los rastreadores.

Este trabajo de Ahlam Shibli no hace comentarios políticos directos del conflicto israelí-palestino; se abstiene de consigna alguna. Sin embargo, creo que en el contexto global de hoy es políticamente importante, o como digo, ejemplar. Trataré de explicar por qué.

Ahlam Shibli proviene de una familia beduina. Cuando era niña pastoreaba cabras en Galilea. Después, tras estudiar en la universidad se hizo fotógrafa de renombre internacional.

Tiempo atrás, ella hizo la elección existencial opuesta a la de los rastreadores que muestra en estas fotos. Ella cree en la justicia de la causa palestina y ha protestado como patriota y como fotógrafa contra la ilegal ocupación israelí. Para ella, como para la mayoría de los palestinos, los rastreadores pueden ser considerados traidores. Se unieron al ejército que opriime al pueblo palestino y merodean para matar y capturar a quienes activamente resisten a dicho ejército. Traidores... En ciertas circunstancias, deben ser tratados como tales.

Sin embargo, Ahlam Shibli siente la necesidad de ir más allá, y buscar detrás de la etiqueta simplificadora. ¿Por ser ella misma beduina? Tal vez, pero la pregunta es ingenua. Lo que cuenta es el resultado. Por ser beduina fue capaz de buscar tras la etiqueta y descubrir lo que había que descubrir. Con estas fotografías ella hizo una pregunta: ¿cuál es el precio que están pagando por su decisión de volverse rastreadores? Y luego aguardó las enigmáticas respuestas que encontró en su cuarto oscuro. Y las hizo públicas.

¿Cuál es el sentido político de esto? A mediados del siglo xx Walter Benjamin escribió: «El estado de emergencia que vivimos no es la excepción sino la regla. Debemos alcanzar un concepto de la historia que sea afín a esta iluminación».

Con tal concepto de la historia hemos llegado a entender que toda simplificación, toda etiqueta, sirven únicamente a los intereses de quienes detentan el

poder; cuanto más extensivo sea su poder, mayor su necesidad de simplificaciones. Y, por el contrario, los intereses de aquellos que sufren bajo este poder ciego, o luchan en su contra, se benefician ahora y en el largo, largo futuro, del reconocimiento y la aceptación de la diversidad, las diferencias y las complejidades.

Estas fotografías son su manera de contribuir a una aceptación y a un reconocimiento así.

Terminaré citando una vez más a Frantz Fanon: «No, no queremos emparejarnos con nadie. Lo que queremos es avanzar todo el tiempo, de noche y de día, en compañía del hombre, en compañía de todos los hombres. La caravana no debe extenderse demasiado, porque en tal caso será difícil que cada quien vea a aquellos que le precedieron; y las personas que ya no se reconocen unas a otras se reúnen menos y menos, y hablan unas con otras menos y menos...».

Jitka Hanzlová, montes Cárpatos, Checoslovaquia, 1958

El camino por el que voy va hacia atrás
para ver el futuro.
JITKA HANZLOVÁ

El bosque en cuestión está muy lejos, cerca de la cordillera de los Cárpatos, a un lado del poblado checo donde vivió de niña. Las imágenes pueden ser de algún otro bosque, pero no para Jitka. Hace muchos años que ella regresa al suyo. Va sola, y si no va sola, no toma fotos.

Muchos fotógrafos de la naturaleza son semejantes a los fotógrafos de modas. No lo digo por des-

cartarlos. Registran lo que ven y admiten el placer. Les piden a cumbres y cascadas, a meandros, a lagos y a las hayas en el otoño que estén ahí, que se usen a sí mismos y le presenten a la cámara una apariencia seductora. Y ¿por qué no? Son los recordatorios del placer que causa llegar, por fin, tras las horas de espera en los aeropuertos. La naturaleza como azafata.

En las fotografías de Jitka no hay bienvenida. Fueron tomadas desde dentro. Es el interior profundo de un bosque, percibido como el interior de un guante desde la mano que está dentro.

Ella habla del entre-bosque, porque en el mismo valle de su pueblo hay dos bosques que se unen. Sin embargo, la preposición *entre* pertenece a los bosques en general. De eso se trata. Un bosque es lo que existe entre sus árboles, entre su densa vegetación secundaria y sus claros, entre sus ciclos de vida y sus diferentes escalas temporales, que van de la energía solar a los insectos que viven por un día. Un bosque es también un lugar de encuentro entre los que lo penetran y algo innombrable y atento que espera tras un árbol o en el matorral. Algo intangible situado a la distancia del tacto. No es ni silencioso ni audible. No son sólo los visitantes quienes sienten este algo atento. Los cazadores y los guardabosques, que pueden leer los signos no escritos, son más claramente conscientes de ello.

«Me fui a las colinas boscosas temprano en la mañana, cuando el bosque despierta. Parada ahí aspiré el viento, las voces entreveradas de los pájaros y el silencio que amo. Y cuando me concentraba en una foto, me interrumpí al oír el silencio que me rodeaba.

Fue como si estuviera en otra parte, como en una película. El bosque comenzó a moverse y, conforme miraba a través de la cámara, experimenté miedo. Tal vez era sólo el encuadre y la quietud del momento. Era como si los pájaros y los grillos hubieran dejado de cantar, como si el viento hubiera hecho un alto en el valle. Nada, pero nada que oír. Ni pájaros, ni viento, ni personas, ni grillos. La oscuridad de la luz y este otro silencio hicieron que el pelo se me erizara... No podía situar el miedo, pero venía de adentro. Fue la primera vez que lo sentía tan intensamente, pero no fue la última. ¡Escape! ¿En qué se basa este miedo mío? ¿Por qué? No me asustan los animales, tampoco el bosque. El lugar es seguro.»

A lo largo de la historia y la prehistoria los bosques han ofrecido refugio, un escondite, pero son también lugares donde algún errante puede perderse por completo. En ellos, nos vemos obligados a reconocer lo mucho que se esconde.

Es ya un lugar común decir que las fotografías interrumpen o descarrilan el flujo del tiempo. Sin embargo, lo hacen en miles de diferentes formas. El «momento decisivo» de Cartier-Bresson es diferente de la disminución paulatina de Atget hasta llegar a un alto total, o la detención ceremonial del tiempo de un Thomas Struth. Lo extraño de algunas de las fotografías de bosques de Jitka —no sus fotos de otros temas— es que no parecen haber detenido nada.

En un espacio sin gravedad no hay peso, y estas fotos de ella en términos de tiempo parecen no tener peso. Es como si se hubieran tomado entre dos momentos, ahí donde no existe ninguno.

En un bosque, lo intangible situado a distancia del tacto pudiera ser la presencia de una especie de atemporalidad: no la infinitud abstracta de la especulación metafísica, ni la intemporalidad metafórica de la repetición cíclica, estacional. Los bosques existen en el tiempo, están, Dios lo sabe, sujetos a la historia. Hoy muchos de ellos son devastados catastróficamente por el empeño en la rápida ganancia.

Mas en un bosque hay «eventos» que no encuentran su lugar en ninguna de las innumerables escalas temporales de los bosques, y que existen entre dichas escalas. ¿Qué eventos?, preguntan ustedes. Algunos se hallan en las fotos de Jitka. Son lo que permanece innombrable en las fotografías una vez hecho un inventario de todo lo reconocible.

Los antiguos griegos llamaban a eventos así dríadas. Mis amigos leñadores de Bérgamo se refieren al bosque como un ámbito aparte, un «reino» en sí mismo. Wilfredo Lam pintó eventos equivalentes en su selva imaginaria. Pero seamos claros. No estamos hablando de fantasías. Jitka habló del silencio del bosque. Lo diametralmente opuesto a tal silencio es la música. En la música todo evento que ocurre se acomoda en la escala temporal única, sin costuras, de una pieza musical. En el silencio del bosque ciertos eventos están desacomodados y no pueden situarse en el tiempo. Siendo como son, desconciertan y encantan la imagi-

nación de quien los observa: son como experimentar la duración siendo criaturas diferentes. Los sentimos ocurrir, sentimos su presencia, pero no podemos confrontarlos, porque ocurren, para nosotros, en algún sitio entre el pasado, el presente y el futuro.

El filósofo Heidegger, para quien un bosque era una metáfora para toda la realidad —y para quien la tarea del filósofo era encontrar el sendero, el camino de los leñadores por la espesura—, hablaba de «arribar a la cercanía de la distancia», y creo que ésta era su forma de aproximarse al fenómeno del bosque que intento definir. La formulación de Jitka es otra. «El camino por el que voy va hacia atrás para ver el futuro.» Ambos vuelcan el reloj de arena.

Para que lo que sugiero tenga sentido, es necesario rechazar la noción del tiempo que comenzó en Europa durante el siglo XVIII, y que está estrechamente vinculada con el positivismo y con la lineal rendición de cuentas del capitalismo moderno: la noción de que un tiempo único, que es unilineal, regular, abstracto e irreversible, lo contiene todo. Todas las otras culturas han propuesto una coexistencia de varios tiempos circundados de alguna manera por lo eterno.

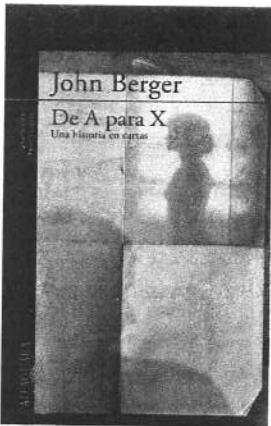
Retornemos a los bosques que pertenecen a la historia. En el bosque de Jitka hay con frecuencia una sensación de espera, y no obstante, ¿qué es aquello que espera? ¿Es *espera* la palabra correcta? Una paciencia. ¿Una paciencia practicada por quién o qué? Un incidente del bosque. Un incidente que no podemos nombrar, describir ni situar. Y sin embargo, ahí está.

Lo intrincado de las veredas que se entrelazan, de las energías que se cruzan en un bosque —los senderos de los pájaros, los insectos, los mamíferos, las esporas, las semillas, los reptiles, los helechos, los líquenes, los gusanos, los árboles, etcétera, etcétera—, no tiene comparación. Tal vez en ciertas áreas del fondo marino exista un tramo comparable, pero ahí el ser humano es un intruso reciente, mientras que, con todos nuestros sentidos de percepción, provenimos del bosque. El ser humano es la única criatura que vive dentro de por lo menos dos escalas temporales: la escala biológica de su cuerpo y aquella de su conciencia. (Esto es tal vez lo que le brinda un sexto sentido.) Cada una de las energías que cruzan opera en un bosque con su propia escala temporal. De la hormiga al roble. Del proceso de la fotosíntesis al proceso de la fermentación. En este intrincado conglomerado de tiempos, energías e intercambios, ocurren «incidentes» que son recalcitrantes, que se desfasan de cualquier escala temporal y por tanto esperan (¿momentáneamente?) en un *entretempo*. Eso es lo que Jitka fotografía.

Cuanto más mira uno las fotos del bosque de Jitka, más claro se hace que es posible fugarnos de la prisión del tiempo moderno. Las dríadas atraen. Podemos colarnos en medio y con naturalidad perseguir su influjo.

Fuentes

La mayoría de los textos de *Con la esperanza entre los dientes* apareció en las páginas del periódico *La Jornada* o en *Ojarasca*, un suplemento mensual de dicho diario.



De A para X John Berger

Xavier, insurgente, ha sido encarcelado y su único vínculo con la realidad son las cartas de A'ida. A medida que un poder sin rostro invade la ciudad, los actos cotidianos se convierten en una forma de resistencia. A'ida es la ferviente cronista de esa lucha que, como su amor, se hace cada vez más fuerte.

«Éste es un libro de una ira controlada, esculpido con el cincel de la ternura y una aguda visión política. Berger escribe con profundidad y precisión acerca de la libertad, la esperanza, el poder, el amor, y el terrible anhelo que nos invade cuando nos arrebatan al ser amado.»

ARUNDHATI ROY

«*De A para X* es uno de los libros más conmovedores que he leído en muchos años. Berger pone de manifiesto que, por viles que sean los ejércitos que nos oprimen, el amor y el espíritu humano son indestructibles.»

HAROLD PINTER



HA DICHO

«John Berger se ha convertido en una de las voces esenciales para comprender el estado de nuestra sociedad... Un hombre que combina a la perfección compromiso y reflexión.»

El Confidencial

«Iluminador... Una meditación seria acerca de la ética del poder.»

Los Angeles Times

«Para Berger, ganador del premio Booker, pintor, filósofo, crítico y activista, el acto de observar es una forma de empatía... Compasivo y sensible en su visión de nuestro mundo en peligro, Berger ha visto mucho y ha sentido más.»

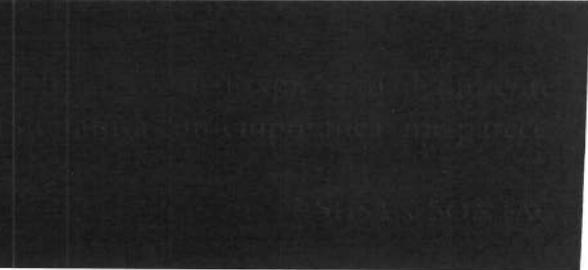
Booklist

«En la lucha entre la desesperación y la luz, sólo la existencia de alguien como Berger hace que el combate tenga sentido.»

ISABEL COIXET

«Sus contemporáneos más cercanos en términos de audacia estética podrían ser Umberto Eco o el tardío W. G. Sebald, pero resulta difícil compararlo con cualquier autor inglés del último medio siglo. Berger, simplemente, rompió todos los moldes.»

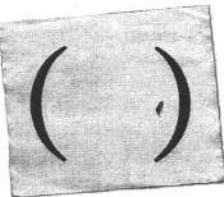
The Guardian



Visceral y apasionada, esta obra aúna la más lúcida perspectiva literaria con el más reflexivo activismo político y social y sugiere el pensamiento y la acción que podrían ayudar a acabar con la injusticia y el sufrimiento en el mundo. John Berger analiza la esencia del terrorismo y el drama del desarraigo de millones de personas que se han visto obligados por la pobreza y la guerra a vivir en calidad de refugiados. Su mirada implacable ilumina la situación de Afganistán, Irak, Palestina, Serbia, Bosnia, China, Indonesia, y todos aquellos lugares donde la gente se ve privada de la más básica de las libertades.

Con la esperanza entre los dientes es un polémico e incisivo retrato de nuestro tiempo, una profunda meditación acerca del significado actual del compromiso político.

CON LA ESPERANZA ENTRE LOS DIENTES



«Toda obra de John Berger es un hito... Sus admiradores reconocerán la característica mezcla de compasión y lucidez, honestidad discursiva, calor humano y ejemplaridad cosmopolita.»

The Times Literary Supplement

ISBN 978-987-04-1693-7

9 789870 416937